

JUICIOS SOBRE LA OBRA Y LA VIDA
DE STELLA CORVALAN



Stella Corvalán

Nonveillár — París, 1952 — Madrid, 1958

A STELLA CORVALÁN

Tienes de un arpa eólica el sonido
musical, desgranado por el viento.
¡Eres poesía amando a la poesía,
más que a un amante de tu amor sediento!

Te entregas toda a la faena augusta
de hacer el verso y de crear poesía.
Poesía de la noche y de la aurora,
poesía del tramonto y mediodía,
de pecho de hombre y de mujer unidos
en la perfecta, eterna melodía.

Destino de poesía, sacerdocio
del poema ascendiendo a la garganta
como columna cálida de incienso.
¡Cómo es sagrada la mujer que canta!

Stella Corvalán: porque tú cantas,
que te protejan ángeles y dioses,
euforia sean tus salutations,
himnos triunfales sean tus adioses.

¡Y sólo rosas, rosas, rosas, rosas,
siguen tus hoces!

JUANA DE IBARBOUROU

A Pujon
Benoit este
itinerario evocativo
nal de mis fami-
nos.

Provenaje de
Stella Corvalán
Sgo, 30 IV-58

JUICIOS SOBRE LA OBRA Y LA VIDA
DE STELLA CORVALAN

De César Tiempo, Director de la Revista «Columna». Buenos Aires, 1940:

«Tanto en el mundo espiritual como en el físico, todo lo que es ligero se disipa fácilmente. Bien probado está, pues, que la poesía de Stella Corvalán no es ligera, desde el momento que no se disipa en el tiempo, ni en mi recuerdo, ni en mi admiración. Por el aplomo, la firmeza y la pervivencia de esa amistad diamantina y de esa poesía resplandeciente, alzo como una copa simbólica, el evohé de estas palabras que quieren ser fuertes y ahincadas como la raíz del laurel.»

« P A L A B R A S »

De Roberto F. Giusti, Director de la Revista «Nosotros». Buenos Aires, 1943:

«Stella Corvalán me trajo un día con su gracia mimosa, con su ingenio travieso, con su campechana confianza, con sus raptos de alegría infantil y de misteriosa melancolía, un grato mensaje del alma chilena. Tenía un grave compromiso conmigo desde que puse en ella toda mi fe en el umbral de «Sombra en el aire». Es mujer de palabra y está cumpliéndolo. Por ella paga generosamente la poetisa de «Palabras»,
De Carlos Sabat Erceasty. Montevideo, 1943:

«Stella Corvalán, cuyo nombre es su destino. Stella, que ha caído a nuestra sombría tierra trayéndose el cielo.»

De Montiel Ballesteros. Montevideo, 1943:

«Stella Corvalán, más que poetisa, es poesía de nuestro Chile y de nuestra América.»

De Conrado Nalé Roxlo. Buenos Aires, 1943:

«La poesía de Stella Corvalán tiene la profundidad de sus ojos, y sus ojos el fuego contenido y secreto de sus versos.»

De Manuel de Castro. Montevideo, 1943:

«Se nos dió Stella Corvalán en gracia y espíritu, trayéndonos la emotividad de su emoción y el fervor sostenido de su alma.»

De Julio Caporale Seelta. Montevideo, 1943:

«Para Stella Corvalán, alta voz poética de Chile, la solidaridad de nuestro espíritu.»

De Laura Cortina. Montevideo, 1943:

«La rica cosecha de los versos de Stella Corvalán nos habla de la belleza de su estro poético en armonía de físico y espíritu.»

De Antonio Vega. Montevideo, 1943:

«Chile es una maravillosa lanza americana entre la Cordillera y el Pacífico. Stella Corvalán parece recogerla en su gracia poética, y hacernos seguros amigos en ella.»

De Edgardo Ubaldo Genta. Montevideo, 1943:

«Desde que llegó a nuestro cielo Stella Corvalán, la Estrella Solitaria de Chile, nuestra Cruz del Sur tiene un centro de rutilante luz, una estrella nueva y maravillosa.»

De Estrella Genta. Montevideo, 1943:

«Stella Corvalán, hermana de nombre y de espíritu, ha cruzado por el cielo de mi alma dejando una huella de luz.»

«La Mañana». Talca (Chile), 1943:

Nota del Alcalde de Talca:

«Gilberto Fuenzalida, Alcalde de la I. Municipalidad de Talca, saluda atentamente a doña Stella Corvalán, y tiene el honor de poner en su conocimiento que la Corporación que preside, ha tomado el acuerdo en 19 del presente mes, de expresarle la profunda satisfacción con que ella se ha impuesto de los muy honrosos elogios con que la crítica de Chile y de otros países del Continente, ha acogido la obra poética que usted ha dado a la imprenta: circunstancia que, por agraciarse en tal forma a una hija de Talca, importa un motivo de profunda complacencia para esta ciudad. El Municipio se cree, así, en el deber de tributar un voto de felicitación y de estímulo para usted, y en formular la grata expectativa de que su futura producción poética habrá de revestir, como no lo duda, los mismos o superiores méritos literarios que la ya dada a luz, para honor de las letras nacionales.»

De la Revista «Atenea». Concepción (Chile), Octubre de 1943:

«... sin transición, sin previo aviso, salvo uno lejano y distante, nos encontramos con un libro que abre el panorama, describe el abanico lleno de marejadas y estira un paisaje humano y por fin está naturalmente fresco y lleno de voces que tienen un sentido profundo de lo que es poesía, de cómo está ubicada la poesía dentro de alguna cosa, de algún ser.»

De pronto aparece entre mar y cordillera este nombre que primero paseara su conocimiento, su sabiduría de la poética, por la República del Plata. Stella Corvalán publica un libro con un simple título que dice «Palabras». Y comprendemos de inmediato que su autora es una poeta de clara estirpe que viene estableciendo una imagen ponderada dentro de la literatura femenina nacional.

Su primer libro, aparecido en Argentina años atrás, fué saludado con el casi unánime silencio de la crítica chilena. No así el resto de la Prensa de América, que con más sutileza conoció inmediatamente la calidad lírica de la obra. En Chile, inclusive, en los pequeños círculos cotidianos, se mostraron dientes y garras para saludar la aparición de este libro. Pero como Stella Corvalán es una poeta sincera y verídica, tuvo un encogimiento de hombros para cada zarpazo lanzado al pasar. Y ahora exhibe al público, como una respuesta a las negativas reiteradas, esta obra que viene a confirmar anteriores apreciaciones de la crítica continental. El carácter general de la obra lírica, remozada con todos los elementos modernos de la poesía y avalorada más, si es posible, por el estilo simple y directo—sin excluir la profunda sugerencia—, la coloca en la primera línea de la poesía joven femenina. No se encuentra en ella el poema rebuscado ni la imagen forzada. Fluye la voz tranquilamente, y a veces parece que hablara sin querer decir nada. Sin embargo, una honda penetración espiritual camina por sus poemas y coge al lector. Lo más admirable en ella es, sin embargo, la inmensa sencillez con que camina por el verso.

«En la tarde venía Juan Araya con su carreta parda». En

este clima sereno y hondo se desarrolla la totalidad de la obra. Además se incorpora en ella la humanidad, que tanto y tan bien han estado captando los buenos poetas de Chile en sus creaciones.

Un parentesco espiritual la hace anudar poesía en torno al cuerpo de Chile. Canta a los hombres y a los paisajes con un fervor iluminado, donde se encuentra, precisamente, toda el alma de la tierra chilena. «Juan Araya» pertenece a este espacio. Creemos que Stella Corvalán habrá de encontrar un camino fertilísimo si entra por su alma y busca en ella los acordes sensibles que despierta el mundo en los seres humanos. Exigimos mayor hondura. Y se exige esto porque Stella es capaz de entregarla y con excelentes resultados para la lírica del país y del Continente. Que continúe Stella Corvalán allá en la lejana ciudad de Talca, dentro del corazón del Valle Central, incorporando calidad a la poesía femenina chilena con su sabiduría y su goce de creación.—Julio Moncada.»

De Gonzalo Drago. Rancagua (Chile), 1945:

Es difícil expresar la admiración y elogiar el talento en unas cuantas frases. La concisión deja siempre cosas sin decir, pero para Stella Corvalán, poetisa nuestra por chilena y por creación poética dejo estampada esta frase que significa toda mi admiración: Posee el melodioso don de sugerir y emocionar.

De Eduardo Ugarte. Santiago de Chile, 1946.

La «Sinfonía del Viento» de Stella Corvalán es sencillamente magistral. Dejé que entrara hasta lo más profundo de mi espíritu, evitando hacer reparos de orden técnico. Hoy la

he releído acuciosamente y con las gafas del crítico. Y he sentido el mismo goce. Su fuerza, su musicalidad única, la jerarquía y el linaje de su estructura y lenguaje me han maravillado. Siendo tan universal es a la vez tan chilena y americana. Creo que Stella Corvalán nos llenará los ojos con esas difíciles lágrimas del goce y el orgullo.

De Samuel Lillo. Santiago de Chile, 1946:

Realizando el augurio de su nombre con luz y ritmo propios, surgió Stella Corvalán cual un lucero triunfador en el Zodíaco de la poesía moderna de América. Y allí, donde fulguran los sonetos de la divina Gabriela, lanzan sus llamaradas trágicas los poemas de Alfonsina Storni y se expande la dulce y amorosa claridad de Juana de Ibarbourou, brillan también ahora, con destellos consagratorios, los versos luminosos y vibrantes de la maravillosa «Sinfonía del Viento».

De «La Opinión». Valparaíso, 1946:

Stella Corvalán es una de las regalonas de América, una de las preferidas de Juana de Ibarbourou. Stella escribe en todas partes. Fija su mirada en la pupila de un personaje y escribe el verso, mira hacia el océano, ve deslizarse muellemente una hoja que se desprende del árbol, siente pena, añora el tiempo pasado se enamora del porvenir de los pueblos, ve girar el mundo y escribe. Su verso fluye claro, solemne, majestuoso, como las aguas del manantial, como la serpentina que se desenvuelve elegante, al ser acariciada en su caja redonda por blancas y delicadas manos de mujer. ¿Hace falta decir más de Stella? Para qué, cuando ahí están sus versos. Leámoslos y juzguemos cuanta razón hay en lo que de ella se dice y escribe. C. A.

«El Imparcial». Santiago de Chile, 1947:

Triunfo de Stella Corvalán en el extranjero.

Nuestra magnífica poetisa cuya inspiración, como los homenajes que le han brindado los intelectuales argentinos y uruguayos, la coronan con laureles imperecederos, a la vez regalan a nuestra patria un prestigio más en el ambiente austral del Nuevo Mundo. Asombrosamente fecunda en su inspiración de enamorada de la naturaleza, dedicó algunas horas a una de sus vigorosas producciones: «Sinfonía del Viento», la que ha sido ya comentada por los más ilustres hombres de letras de las metrópolis que se yerguen en las riberas del Plata...

...Al despedirme de Stella siento orgullo de mujer y de chilena, porque Stella, al hacer vibrar con maravilloso ingenio su talento, ha puesto fulgores de oro en la bandera de Chile. L. B.

De Juan Pablo Echagüe (Jean Paul). Buenos Aires, 1947:

He leído con el mas profundo interés el Preludio de la «Sinfonía del Viento» de Stella Corvalán, admirando el vigor y la riqueza de su inspiración lírica, la opulencia y la variedad de sus imágenes y la sobria cuanto armoniosa energía de su estilo poético. Yo no dudo que el poema en conjunto resultará un acontecimiento en las letras de América y como tal hemos de celebrarlo los admiradores de Stella Corvalán cuando aparezca.

De «Ultima Hora». Santiago de Chile, 1947:

...Ha vuelto Stella Corvalán después de seis meses de ausencia. Permaneció en Argentina y Uruguay, llenando la vida de sus amigos de la fiesta clara y musical de sus versos.

Juana de Ibarbouro la acogió, como otras veces, en el amplio regazo de una amistad que le dispensa tierna y profundamente. Stella ha vuelto. Su estancia ha sido una maravillosa sucesión de emociones e impulsos que ella sabe convertir en poesía. Stella ha vuelto y se irá de nuevo. Tal vez con poco más de tristeza y con el deseo de quedarse mucho tiempo fuera de la luz de su cielo chileno, de la prestancia de las nieves de su montaña, sin el olor de sus arrayanes, ni la fuerza de sus vientos. Bienvenida Stella y bien por su mensaje. La fuerza y la ausencia harán brotar nuevas nostalgias poéticas y estará bien la ausencia, por el florecimiento de sus poemas futuros. Manuel Solano.

De «La Opinión». Santiago de Chile, septiembre de 1947: *«Sinfonía de Chile en ausencia»*.—En la R. C. A. Victor, se ha grabado últimamente «Sinfonía de Chile en ausencia», de que es autora Stella Corvalán. Tienen a su cargo la interpretación, María Maluenda, nuestra gran recitadora que tantos triunfos obtuviera durante su actuación en la B. B. C. de Londres, y el aplaudido conjunto «Los Provincianos», considerado uno de los mejores de Chile. A la audición privada del disco, concurrieron numerosas personalidades, entre ellas el señor Ministro de Educación que ha premiado con sus elogios y su asistencia, el gesto de honda chilenidad que ha tenido la autora del poema para hacer, por su cuenta, esta grabación. Stella Corvalán es una de las escritoras chilenas que más ha cantado lo vernáculo; y lo prueban sus charlas dadas en Buenos Aires y Montevideo en que se ha referido a nuestros incomparables paisajes.

En breve partirá Stella Corvalán a continuar la labor cul-

tural y de difusión chilena que ella misma se ha impuesto, ya que no ha recibido hasta ahora ayuda oficial alguna, a pesar de haber solicitado un cargo ad-honórem desde el cual servir a su patria con mayor altura.

De «El Sur». Concepción (Chile), Agosto 1947:

Ayer dictó una conferencia sobre «La naturaleza y el paisaje chileno a través de su poesía» la conocida poetisa chilena Stella Corvalán especialmente invitada por el departamento de Extensión Cultural de la Universidad. Stella Corvalán, poetisa nacida en Talca y que ha logrado un sitio en el mundo de las letras americanas, reconocida por la crítica de nuestro país y del extranjero con ocasión de sus viajes, demostró su valía intelectual al desarrollar con raro acierto el tema escogido, estrechamente vinculado al camino por ella seguido.

De «El Diario Austral». Temuco (Chile) septiembre de 1948:

«Chile en la voz de Stella Corvalán».

No quedará sin huella el paso de Stella Corvalán, en esta ciudad. Se trata, por cierto, de un notable acontecimiento cultural y artístico para Temuco. Stella Corvalán es uno de los valores más altos de la poética continental y en razón de su inquietud permanente y de su incansable afán de viajes, es estimada y conocida personalmente por los centros intelectuales mejor calificados de Argentina, de Uruguay, de México y de otros países amigos que la distinguen y le brindan su aprecio a través de halagadoras críticas. Por otra parte, ni siquiera dentro de Chile Stella Corvalán da pausa a su movilidad viajera. Los meses que permanece en la patria, re-

corre su territorio de uno a otro extremo, le capta su color y su nervio, le busca en la fisonomía y en la hondura del sentimiento de sus compatriotas, para vaciar toda su cosecha en poemas plenos de armonía y de belleza. Ninguna poetisa como Stella Corvalán puede lucir una visión más cabal de Chile en tal sentido.

Del Diario «Extra». Santiago de Chile.—Abril de 1947:

Esta mujer de un dulce gesto, mujer donde las quebraduras y trizaduras revientan en poesía dolorosa ha llegado de nuevo a Chile, en actitud de ola que va y viene. Llega y le tendemos la mano franca de la amistad pura, para que sepa un poco de cómo Chile también recuerda, ama y sufre por sus hijos. ¿De dónde viene? Llega del Uruguay, así como ayer llegó de Argentina o de qué se yo que país adonde fué a espigar poesía para traérnosla con aquella su ternura herida y cotidiana como el pan.

Stella Corvalán ha llegado de nuevo a Chile. Posiblemente para muchos su nombre sea desconocido. Injustamente desconocido ya que por la fuerza de su expresión creo que sólo una o dos mujeres poetas de Chile puedan superarla. Esta poetisa que ya ha dado dos libros a su patria y que ha dado en el extranjero por propia cuenta, sin ayuda oficial, sin tarjetas de recomendación, ni oficiosos cables, mayor lustre que muchos embajadores y agregados bien rentados, llega a Chile y sólo un gran silencio sale a su encuentro entre el bullicio de las estaciones. Me rebela pensar que no hay un homenaje, una palabra cordial para su esfuerzo y su talento poéticos. Da un poco de tristeza esta mezquindad, sobre todo, si Stella jamás ha pedido nada en un pueblo donde todos se

sienten con derechos adquiridos para solicitarlo todo. Del grupo de escritores de menor cuantía ha de salir, sin duda, la palabra venenosa para castigar la insolencia poética de esta mujer que escribe con talento propio. Porque Stella Corvalán nada ha pedido prestado para hacer lucir su brillantez poética. Pero creo que ya es hora de que en Chile dejemos a un lado el buen compadrazgo a fin de hacer justicia. No pido nada para ella, sólo deseo que la lean, porque así se harán un obsequio personal e íntimo, tendrán un goce y una ternura más antes de que Stella, cualquier día, tome un barco y marche para no volver jamás, muerta de amor por Chile, a otro país donde sea su estatura justa lo que debió haber sido entre nosotros. Estas palabras son un poco también como de despedida para Stella. Sabemos que se irá de pronto y sólo nos dejará su poesía. La poesía de Stella Corvalán, guarda profundos estadios, a donde no es fácil entrar. Se oscurece a ratos y se aclara otros como días de un otoño pretérito. Al fondo de ella una lágrima de amargura se precisa y entonces ocurre que «Viajan dioses oscuros —por mis venas—atándome la fe». ¿Con qué red bíblica, con qué barca remonta Stella un agua negra y profunda? Va por el mundo en cosecha y elegía y todos los caminos saben y sabrán de su paso. Porque acá despunta en ella la fuerza de la poesía como un tembloroso lazo de ternura, para volcarse allá en un llameante torrente de pasión. Recorre la pauta de la poesía, abre las manos melodiosas sobre su tiempo y se detiene en cada rincón donde la poesía gime en ausencias.

Los próximos libros editados en Uruguay harán saber a

Chile quién era y es por el mundo Stella Corvalán.—Julio Moncada.»

« R O S T R O S D E L M A R »

De «Books» Abroad». Estados Unidos.—Verano de 1949:

«Esta atractiva y joven poetisa del mar ha recorrido ya mucho. Su primer volumen fué editado en Buenos Aires. en 1940. Después vienen tres libros de impresión chilena. Y ahora uno de Uruguay, con un nuevo volumen prometido desde Valencia (España). Como todo buen chileno, Stella Corvalán ama el mar. Más de una cincuentena de poemas sobre el océano podrían parecer monótonos, pero Stella Corvalán ha demostrado su capacidad poética y su profundidad al darnos tantas variedades como son las que tiene el cambiante Pacífico.—W. K. J.»

« A L M A »

De «El Agrario Levantino».—Valencia, 1948:

«Caudal lírico traspasado de sinceridad emotiva, alto de pasión y prieto de ancha sencillez»... En estas palabras que preceden al espléndido jardín de varios y vigorosos rosales, que rosas son, bellísimas y nuevas, las poesías de Stella Corvalán, está líricamente dicho todo lo que de más enjundia puede afirmarse de ellas. Acertado atisbo de lo que son las poesías de esta poetisa chilena, que da especiales reflejos al estandarte literario de aquella República.

En este libro, que entre sus aciertos múltiples tiene el de su título, «Alma», confesamos que desde la poesía inicial, «Sueño», más aún, desde esa magnificencia de versos en que, refiriéndose al hogar, le llama «un beso detenido sobre el

tiempo», adivinamos el alma íntegra de la autora. Esta sola poesía nos da la medida de la mujer, de la artista, de su cultura espiritual, de su «oiris» anímico, de su plena humanidad. Y lo admirable es que no sólo en la composición a que nos referimos, sino en cada una de ellas, ofrece también la medida exacta de su alma, con todos los matices divinos y humanos, que lo convierten en magnífico diamante, sol diminuto de inagotable riqueza de luz. Se comprende que las composiciones de esta gentil poeta no admitan ninguna clase de análisis técnicos ni vislumbres de genealogías literarias; son «poesía pura» que sugestiona, que embriaga nuestro espíritu, que deleita nuestra mente. ¿Parece poco asomarse a un alma en vibración, grande, auténtica, de fecundidad insólita?—Guadalaviar.»

De «Verbo».—Alicante, 1948:

«Nos complacemos en traer la noticia del primer libro de versos publicado en España por la poetisa chilena Stella Corvalán. Los poemas de este libro, titulado «Alma», son sumamente finos y delicados; palpita a través de ellos una sensibilidad intensamente lírica y una intuición genuinamente femenina. Amor, serenidad, melancolía y gozo trencan en este libro la selva idílica de los sentimientos. La poetisa se expresa con versos que abren una puerta luminosa a su espíritu. Los temas son los de la eterna poesía, y aunque el libro no descubre ningún horizonte inédito, tiene la gracia y la frescura de una delicada artesanía florecida entre los dedos enamorados de una mujer.—C. T. L.»

«Las Provincias».—Valencia, agosto 1948:

«Se llama «Alma» este libro de versos de Stella Corvalán,

en donde se trata de un alma de la moderna América, en donde la expresión ya es sutil e iluminada, ya sensual y fogosa. Siempre naciendo todo ello de un temperamento de excepción. Y muy personal, pues la poetisa chilena no quiere sino expresarse tal como es, en clara emoción estética: buscando la eterna síntesis confesión de lo ideal y lo real. Siempre—lo repetimos—con bello ritmo que mantiene firmes, erguidas, las composiciones sinceramente femeninas de la escritora chilena. Y bien modernas, como que, a veces, la idea erótica surge irrefrenable, como anhelo subconsciente de juventud.»

De Pablo Alvarez Rubiano.—Valencia, noviembre 1948:

«He aquí un nombre reciente, el de Stella Corvalán, que empieza a brillar con luz propia en el firmamento poético hispanoamericano. Su cuarto libro de versos, coleccionados bajo el título sugerente de «Alma», hallazgo feliz de un corazón femenino. El amor, la pasión, la belleza, toda la dosis de ternura y sentimiento que anida en su alma, cristaliza a través de sus versos en un proceso creativo natural, diáfano, sin complicaciones ni retorcimientos métricos. A veces, la gracia los orea con un suave perfume. Las composiciones que aparecen en este volumen de poesías son esencialmente líricas. Su sencillez, la naturalidad sin afectación, la emotiva dulzura de sus versos proclaman el temperamento, la fina sensibilidad, el ardor de juventud, matizado de intimidad y de ensueños, de esta poetisa chilena, que no ha abdicado, derivando por otros horizontes y derroteros, de todo el complejo espiritual que debe informar la personalidad literaria de una mujer.»

«GEOGRAFIA AZUL»

«La Prensa», de Buenos Aires.—Diciembre de 1948:

«Geografía Azul», de Stella Corvalán, es un conjunto de hermosas poesías escritas con pluma polícroma y con mano capaz de captar la sensibilidad impulsora. Versos cargados de aromas, de brisas, de reflejos, nos hablan del perfil luminoso de Chile, de los viñedos densos y felices, de las nubes doncellas, etc. Cientos y cientos de imágenes, vaporosas, aladas, suaves y de irisados tonos llenan las páginas del libro, sobre cuyo contenido informa en elogioso prólogo Luis Durand al decirnos que su autora «mana como una vertiente clara y se adelanta en un viaje de melodías». Enamorada de la tierra chilena, que enjoya con sus ojos perceptores de la belleza luciente y de la hermosura recóndita, Stella Corvalán se expresa con hondo conocimiento del ritmo y de la cadencia, pródiga en tropos y giros, sencilla siempre, vibrátil y sonora. Sus versos llegan profundamente y dejan un recuerdo amable y persistente.»

«La Nación», de Buenos Aires.—Mayo de 1949:

«El sentimiento de amor a Chile que inspira este libro está servido por una fina sensibilidad y una brillante imaginación poéticas. Stella Corvalán le canta a su país. Ha trazado sobre el mapa de la nación del Pacífico una geografía azul, tono en el que son más propicios los recuerdos. La autora, que con «Sombra en el aire» dió en nuestra ciudad su primer mensaje de poesía, y que ha sellado con sendos libros su paso por el Uruguay y por España, expresa ahora su sentimiento chileno, acudiendo unas veces a las

más hondas resonancias que la tierra natal halla en su espíritu y yendo otras a las más coloridas manifestaciones exteriores, cuando escucha, enternecida, los pregones populares en la «Feria de Chillán».

A través de Chile pasa la poetisa con la sensación de su vida propia. Confundida con el paisaje en muchos de sus poemas, incorpora en otros campo, montaña y ciudad a sus estados de ánimo. En ambos casos, lo mismo cuando dibuja con delicado trazo los contornos de una región y cuando las tradiciones encienden su tono, elevándolo hasta el registro común de lo patriótico, Stella Corvalán triunfa en la madurez de su poesía.»

De «La Discusión», de Chillán. (Chile), agosto de 1948:

...Stella Corvalán ama a su tierra, como Alfonsina amaba al Mar del Plata y como Gabriela ama a los niños. Se siente enlazada a su patria con la misma fuerza que la poetisa uruguaya se siente atraída por la naturaleza y por la ternura. Stella deja correr su vida con la misma tranquilidad aparente con que se deslizan algunos de nuestros ríos. Esto ha hecho pensar que es ella la poetisa que no deja brotar los calores del alma ni deja oír los cantos del corazón. Pero Stella sabe quién es Stella cuando confiesa su «Secreto»: «Hay un verano ardiente que fustiga mi sangre». «Palabras», obra de la cual hemos extraído este fragmento, es subjetivismo puro, es un volcar el alma en el papel, en el que los versos se dilatan y se contraen según el calor con que los escribe.

Pero no es esto a lo cual queremos referirnos especialmente. Es a «Geografía Azul», el libro que ha superado a todo lo que se haya escrito sobre Chile, porque es más ins-

pirado, más completo y más acabado. «Magallanes», de Meléndez; «Gente en la isla», de Azócar, son obras regionalistas, y, por el mismo género en que están escritas, menos inspiradas. «Chile o una loca geografía», de Subercaseaux, y «Canto General de Chile», de Neruda, son menos precisas, más diluidas e incompletas. Y lo que han escrito D'Halmar, Mariano Latorre, Iris y Marta Brunet sobre nuestros campos y nuestras ciudades son, o menos ordenados o de menos alcance lírico y territorial. La inspiración de Stella Corvalán tiene la plasticidad de los grandes escritores, y debido a esta misma característica es que nos aparece con matices diferentes en cada una de sus obras.

Donde la poetisa llega al máximo de su inspiración de su sabor es en «Feria de Chillán». Todo el bullicio y colorido de la plaza del mercado llegan maravillosamente hermosados por el alma poética de Stella Corvalán. Carlos Salazar Parra.

De «El Diario Ilustrado». Santiago.—Noviembre de 1948:

Asomarse a la poesía de Stella Corvalán es abismarse en la sonora belleza permanente. Su canto es necesario, esencia pura de su alma luminosa. No esgrime las palabras como en el manejo de un arma en la que hubo de adiestrarse; las muestra como tesoro propio, ordenando con su ágil sensibilidad los ramilletes verbales de su abundante gracia íntima. América tiene en este inmenso poeta femenino uno de sus más excelsos valores líricos.

Conocemos de ella varias obras admirables que definen la fecundidad maravillosa de su extensión ilímite. Recibimos ahora su último libro, «Geografía Azul», arquitectura

poética de Chile. Stella ama apasionadamente el pedestal de inmensidades de su patria, y su voz, inagotable ternura que arrulla el humano latido de su pueblo, adquiere majestuosas vibraciones en el canto de sus altivos paisajes y traspasa sus propios ámbitos para abarcar la integridad cósmica en su mágica resonancia.

Alguien le ha reprochado su abundancia como una debilidad en su poesía. En España, cuya tensión crece al eco incomparable de sus voces, opinamos lo contrario. Tal abundancia es necesaria consecuencia de sus plenitudes; de sus hondos manantiales surge, constante, la clara linfa rumorosa que no podría contener en silencio en su profundidad ilimitada.

Algo se ha escrito también sobre su descuido técnico. No hay tal descuido; es asombrosa agilidad, vuelo que reclama alas de empuje para seguirlo. Tiene el dominio innato de la armonía y su música es sorprendente y exacta en la variada gama de sus múltiples formas. Ella describe lo incesante e inconmensurable como lo hacen el viento, el mar, los montes y el enjambre diamantino de las constelaciones. Es un alma sumida en lo infinito y elevando a la altura de lo eterno su ráfaga armoniosa. Crea, además, su modo íntegro, personal e independiente para el libre ejercicio de su poderío. Stella Corvalán es la plena victoria de la poesía total y artífice genial del habla de Castilla. Ahí está, para desbordar todas las cumbres, su «Geografía Azul».—Santiago Moreno Grau.»

Del Prof. Van Praag.—Holanda, diciembre 1950:

Tengo dos libros suyos: «Geografía Azul y «Amphion»,

El uno, inspirado por los bellísimos paisajes de su tierra natal; el otro, concebido en su segunda patria, y por cierto, espejo fiel y liso de las sensaciones todas de su hermosa alma de mujer joven. Amor, pasión, caridad: los sentimientos más acendrados, son ellos los que respiran por los poros de esos versos, palpitantes de auténtica vida. Y es una maestra de la métrica, que domina como pocos. Sin vacilación, elige usted siempre el metro adecuado.

Admirables de jugosa popularidad y al mismo tiempo de exquisita finura las adorables líneas de «Palmeras del Brasil», destinadas para «Carnet de Horizontes». En ellas apunta, como casi siempre en la literatura hispánica, el artista mezcla de estro popular y sensibilidad personalísima y señera, cuyo más egregio ejemplo es García Lorca. A mí, personalmente, me impresionó su semblanza de Berta Singerman.»

De la Revista «Margarita». Santiago de Chile, 1948:

Hay en las páginas de «Geografía Azul» un hálito de ternura, una vibración panteísta que parece envolver la tierra, el mar y las cosas en un inmenso abrazo.

El amor patrio, que—no sé por qué—ha producido en poesía tantas obras mediocres, es en Stella Corvalán fuente de auténtica inspiración. La hermosura del paisaje chileno aparece enriquecida por la emoción que despierta en la poetisa. Uno sólo de estos poemas hará más por el conocimiento de Chile en el extranjero que extensas páginas escritas con ánimo de divulgación. «Feria de Chillán», que aparece en «Geografía Azul», es un delicioso cuadro hecho con los colores, el brillo y el movimiento del típico mercado. Allí

se oyen los pregones que, elevándose sobre la algarabía general, anuncian los frutos de la tierra chilena, y el alma popular aparece en toda su espontaneidad.—Josefina Escoté Hernández.»

De Lucio Ballesteros Jaime.—Valencia (España), 1948:

Yo considero que «Geografía Azul», de Stella Corvalán, es un libro bastante anárquico y titánico; es, tal vez, el vuelo más puro y más libre de su sensibilidad. Tiene aciertos de vuelo de águila y tremendas resonancias de volcán y océano. Palpita en sus versos un vértigo de intimidad y horizontes abiertos; hay un cósmico aleteo de profundidad y altura, de dolor y música, de abismo y soledad. Todo ello pasando por las paredes de su sangre indómita, por todos los pliegues rebeldes de su alma, por todas las vértebras indóciles de su ser. Se ha volcado impetuosamente sobre el paisaje, sobre la altura, sobre la ternura y locura de sí misma. Es la geografía azul de su alma poética, la mejor, la que siempre sueña y nunca alcanza límites, la que nunca descansa y siempre quiere más, la que adora el silencio y necesita el caudal de los ruidos. El libro, como lo dije al principio, es anárquico porque está demasiado ceñido a su inquietud; pero también es titánico, porque participa de su grandiosidad y sentido múltiple del color y la forma sin cánones.

De Juana de Ibarbourou.—Montevideo, 1947:

Está en Montevideo Stella Corvalán, lujo de la poesía chilena, que llega a nuestro Montevideo de verano, tan hermosamente frívolo con el juego de sus playas, portando la densa riqueza de sus versos y de su pensamiento profundo.

Trae joyas para un libro sin editar, «Sinfonía del Viento», que hace estremecer con su belleza y su originalidad. Ella ha sentido como nadie la potencia de esa fuerza de la naturaleza, que a veces es leve como el inclinarse de un pétalo de magnolia, y otras, tiene el tremendo horror del Leviatán. Stella Corvalán canta en este libro al viento como poeta, como filósofo y como mujer.

Su otro libro, «Amphion», es igualmente valioso y multiforme. Démosle la bienvenida al modo antiguo, inclinándonos ante ella como ante una virreina, porque eso es Stella en las letras americanas.

De Jerónimo Lagos Lisboa.—Santiago de Chile, 1949:

«Amphion» mantiene el frescor, la espontaneidad, el vuelo encendido de Stella Corvalán. Creo, sin embargo, que más alto aún, a pesar de que lo conozco sólo en parte, será «Responso de mi sangre.»

« A M P H I O N »

«La Nación».—Buenos Aires, 1949:

Como la casa que Juana de Ibarbourou habitó junto al mar se llama este libro, que es así un homenaje a la poeta uruguaya, un hondo reconocimiento a su luminosidad de playa abierta.

«Por aquel oleaje que miramos
romperse a nuestros pies hecho blancura,
este «Amphion», construido con estrofas,
ha de pintarte un mar de olas altivas
y collares de espuma.»

La artista chilena, de la que recientemente comentamos el intenso color de los cuadros de su patria, reunidos en «Geografía Azul», cumple la promesa hecha a la autora de «Las lenguas de Diamante». Olas altivas hay en su poesía. Y collares de espuma. Todo ello está consustanciado con una rica experiencia vital y una conciencia estética de calidad indudable.»

De la revista «Triunfo», de Valencia.—Junio de 1949:

«Desde Montevideo, que ya es en sí ciudad de poesía, llega a nuestra redacción un tomo de versos de Stella Corvalán. Se titula «Amphion», como la casa que su hermana en vuelo espiritual, Juana de Ibarbourou, tenía junto al mar. Un conjunto de poemas en los que late un alma de mujer de singular intensidad amorosa—amor para todos los ecos grandes y pequeños de la vida—y se descubre una sensibilidad riquísima en matices.

Stella Corvalán, de la que ya conocíamos «Alma», editada en imprenta valenciana, se consagra en «Amphion», obra más densa, más madura y definitoria, como una poetisa de amplio vuelo literario y singular colorido, de un acento emocionado y finura expresiva excepcionales. Valiosa aportación a las letras hispánicas.»

«RESPONSO DE MI SANGRE»

De Roberto F. Giusti.—Buenos Aires, abril de 1949:

«Como era previsible desde la publicación de «Sombra en el aire», las altas cualidades poéticas de Stella Corvalán lucen cada vez más evidentes en cada uno de sus libros. El estilo de «Responso de mi Sangre» continúa el firme y claro

de «Alma» y «Amphion», pero lo supera por la vehemencia pasional y, en ciertos momentos, por la hondura conceptual. Amor y odio, éxtasis y terribles ansias: sentimientos todos expresados con vigor. Sus ritmos ya rara vez tropiezan; su pensamiento no se envuelve en palabras inútiles, inexpresivas, aunque se vista de suntuosas imágenes.

«Responso de mi Sangre» es un libro que reputo posiblemente el más bello, el más elocuente de los suyos. Mucho me gustan en él la serie de composiciones breves (¿rimas, epigramas?) que ha pintado y que bien podría rotular otra vez, como lo ha hecho en «Amphion», Instantes.»

«La Prensa», de Buenos Aires.—19 de marzo de 1950:

Stella Corvalán es mujer de cálido corazón, de voz enamorada en la que anidan fuertes resonancias y en la que ponen sus profundos ecos un dolor escondido, el ardor de la sangre bulliciosa y el son constante de un dolor que aprieta, aguija y acompaña tanto en la soledad como en la comunión de un coloquio.

Los versos de «Responso de mi Sangre» surgen como la luz poderosa de una aurora primaveral, pletórica de ilusiones o como el tañer de una campana tocada en el crepúsculo por mano religiosa. Alientan en cada estrofa las ricas efusiones de un espíritu tenso dado a entregarse ampliamente, a llorar el recuerdo de la muerte que puso fin a un poema, a verdecir las hojas del árbol que se eleva como una promesa al cielo. Íntima, pero con una intimidad desbordante, llena de savia, de colores, Stella Corvalán nos dice de cuanto agita su alma y de cuanto recoge en un aire estremecido, en el brotar de la tierra o en el racimo incitante. Fuerte, explosiva, sonora, fra-

guada en fuego que crece, la poesía de este libro suena a elegía y a endecha, a madrigal y a cánticos triunfales, a himnos de victoria y a responso. Dentro de su interior bullente y agitado nuestra poetisa vive en ímpetu, pero también va al remanso de una resignación muy tierna, llega al oído y logra ascenso al corazón amigo. Su imaginación está cargada de armonías, de sueños y de belleza, sus estrofas son musicales y están concebidas espontáneamente, más, con un culto constante al ritmo aún en los casos en que la forma cede a la exigencia imperiosa de la voz lanzada a todo lo alto.»

«La Nación», de Buenos Aires.—19 de marzo de 1950:

Después de pasear la vista, con sensación de deslumbramiento por los paisajes de Chile, su patria, y volcar así en «Geografía Azul» su emoción ante un pueblo y un paisaje, Stella Corvalán ha vuelto a su mundo interior que muestra en sombras. Con voz desgarrada por el dolor, expresa el doble duelo de un amor muerto y una maternidad frustrada. En sus acentos acongojados aparece, finísima, la ternura, que se rompe cuando el recuerdo de días lacerantes enciende en su garganta gritos de protesta. Luego, en muchos de sus poemas surge la «geografía gris», de viajes en los que no se encuentra el olvido. Vuelve, más tarde, obsesionante, la angustia de una vida que quiere transmitirse. Arde por último la esperanza, expresada en ansioso llamamiento. «Responso de mi Sangre», libro femenino donde carne y espíritu no reconocen fronteras. Su fantasía la señala para superarse en sus creaciones, tantas veces hermosas.»

Diario «Levante».—Febrero de 1951:

Stella Corvalán nos ofrece un nuevo libro de versos «Res-

ponso de mi Sangre», que nos trae el mensaje de un fruto maduro. El nombre de esta escritora, que ha superado la etapa de las juveniles promesas, debe figurar por derecho propio en la vanguardia de la actual generación poética. Hay en ella, sobre todos los convencionalismos de la forma, una sustancia lírica depurada, fecunda en el hallazgo de imágenes. En «Responso de mi Sangre» sobresalen las cualidades literarias y humanas de Stella Corvalán en un alto grado. Un hondo patetismo se refleja a lo largo de las composiciones que integran la obra poética, densa de pensamiento y ágil de estilo. La idea de la maternidad malograda surge aquí y allá con toda su grandeza, con un ímpetu dramático evidente. La nostalgia del tiempo en que floreció el amor con el cuerpo abierto a la vida, se hace en Stella Corvalán el «leiv-motiv» principal de sus poemas escritos con apasionada vehemencia unas veces, pero en otras el sentimiento que enjendra el recuerdo aparece nimbado con una luz suave, tenue y resignada. Pablo Alvarez Rubiano.

Del Prof. J. A. Van Praag.—Holanda 1950.

«He recibido las tres colecciones de sus poesías «Rostros del Mar», Montevideo 1947, «Alma», Valencia 1948 y «R. de mi Sangre», Santiago de Chile 1950. Con verdadera admiración he hojeado los tres libros pudiendo notar un continuo crecimiento de su talento poético que desde el principio tan marcadamente se ha manifestado.

Si en su primer libro el fondo de todo su sentir es el mar, va ensanchándose el terreno de asuntos hasta abarcar el conjunto de problemas del alma y del espíritu. Siendo de una finura incomparable, aunque no exentas de dulce ironía las

poesías publicadas en España, su última recogida acusa pasión, fuerza, intensidad en el amar y en el sufrir. Domina usted el idioma como pocos y su versificación es variada y magistral. Es usted digna sucesora de su compatriota Gabriela Mistral.»

«RESPONSO DE MI SANGRE»

De «Books Abroad» Estados Unidos

La palabra soledad se muestra más a menudo sobre los labios de la autora de los fascinantes versos, en «Responso de mi sangre».

«Es aquí en Buenos Aires mi soledad».

Ella no ha perdido la esperanza sin embargo. «Alma» y «Ansia» especialmente demuestran que para la poetisa la compañía está cerca.

Pero fuera de sus experiencias su lírica poesía coloca a esta escritora chilena muy alto en la lista de los grandes poetas del continente. Para aquellos que no puedan descubrirla en su denso «Auto Retrato», incluido entre los poemas de este volumen, una fotografía la muestra joven y encantadora y menos melancólica de lo que su poesía la proclama». W. K. J.

Diario «A Noite», Río de Janeiro, noviembre de 1949:

Continúan las artes prestando su mejor colaboración al intercambio intelectual y a la aproximación de los pueblos. Mientras los estadistas hacen discursos, criaturas de buena voluntad recorren el continente utilizando la sensibilidad excepcional de que disfrutan en la revelación de su país de origen. Hace poco la Asociación de Artistas Brasileños, tuvo oca-

sión de presentar al público carioca una legítima escritora chilena. Autora de siete volúmenes de poesía lleva por donde quiera que vaya el amor que siente por su país. Y como es natural lo muestra en los aspectos más diversos de su naturaleza impresionante, en sus manifestaciones coreográficas, desde los pregones de la calle hasta las danzas populares. De esta manera deben los países apreciar mucho a sus poetas y artistas. Ellos llevan consigo la manera de sentir de sus conciudadanos, las ideas de su pueblo.

Con Stella Corvalán, la entidad del Palace Hotel reveló una poetisa vigorosa de gran riqueza de recursos, dentro de un lirismo generoso y moderno. Aprovechó todos esos ángulos del ambiente chileno para la admirable construcción de una conferencia en la que esa nación se dibuja ante nuestros ojos con todo el colorido de sus montañas, con todo el encaje de su litoral, y con toda la exuberancia de su pueblo. ¿Cómo desarrolló la escritora su conferencia? Como una poetisa. Sí, porque trajo para ilustrar los asuntos a que se refería sus propios poemas. La nota lírica quedó acentuada en muchos pasajes, gracias a la fina sensibilidad de la intérprete y a las condiciones sentimentales y espirituales del pueblo chileno.

Stella Corvalán hace de su arte noble e inspirado en cualquier sentido de difusión intencional, el más bello instrumento de evocación de la presencia de Chile, especialmente en un país que aprecia, de modo particular y sincero, a su hermano altanero de los Andes. Celso KELLY.

De Jorge González Bastías. Santiago de Chile, 1948:

Que la poesía de Stella Corvalán tenga cada día mayor intensidad y frescura. En su verso están Chile y España. Son

las dos alas de su espíritu y las fuentes luminosas de su inspiración.

De Luis Durand. Santiago de Chile, 1948:

Hay siempre una zona inédita en el bello espíritu de Stella Corvalán que la descubre, sorpresivamente en el milagro de la amistad o en el embrujo de un verso que nace con alas a la luz como si trajera un oriente de melódicos acentos. Oyéndola cantar, su voz me ha explicado su pasión y su trance de lanzar siempre al viento del espíritu la gracia luminosa de sus canciones, que son como un claro surtidor de emoción, de luz y de expresiva riqueza interior.

De José Zorrilla de San Martín. Montevideo, 1949:

Stella Corvalán es la mensajera luminosa de su tierra andina.

De Emilio Frugoni. Montevideo, 1949:

Dejo espontánea constancia de mi devoción por el fluvial lirismo de Stella Corvalán que nació para el canto, y vive en el canto, que pone alas de música y de ensueño a su espíritu.

De Frederick Sommer. Río de Janeiro, 1949:

A través del maravilloso arte de Stella Corvalán conocí el alma poética de Chile.

De María Francellina. Río de Janeiro, 1949:

Leer las poesías de Stella Corvalán es conocer mejor el espíritu humano, viajar por paisajes coloridos, llenos de luz, gozar de lo infinito, sentir más próximo al Creador.

De Agustín de Foxá. Buenos Aires, 1949:

Stella Corvalán es gran poetisa del País entre el mar y la nieve.

De Thea Igoki. Río de Janeiro, 1950:

Stella Corvalán es una sonrisa de Chile en los labios del Brasil.

De María Eugenia Celso. Río de Janeiro, 1949:

Alma de inspiración la de Stella Corvalán, cuya poesía tiene el brillo auroral de la estrella de la mañana anunciando el resplandor del día.

De «El Plata». Montevideo, 1949:

Auspiciado por el Ministerio de Instrucción Pública, Stella Corvalán realizará tres charlas líricas sobre motivos de su país en la Escuela Chile. La primera tratará sobre el tema «Paisajes de Chile». La segunda será sobre un poeta chileno recientemente fallecido que lleva el título «Oscar Castro y su inmortalidad». La tercera sobre impresiones recogidas en nuestro país y la titulará «Ojos chilenos miran el Uruguay.»

De «El Diario». Montevideo, 1949:

Ofreció en la Escuela Chile su primera charla lírica la escritora chilena Stella Corvalán quien disertó sobre el interesante tema «Paisajes de Chile», habiendo sido presentada por el poeta compatriota Carlos Sabat Ercasty. Estuvieron presentes en dicha conferencia elementos representativos de nuestros círculos literarios. Stella Corvalán está cumpliendo un ciclo de breves conferencias auspiciadas por el Ministerio de Instrucción Pública. Disertará hoy sobre «Paisajes uruguayos», ofreciendo el lunes su última charla sobre temas folklóricos chilenos. La mencionada conferenciante irá próximamente a varios países europeos con el fin de dictar allí una serie de conferencias todas ellas de índole americana.

De «A Manhã». Río de Janeiro, 1949:

Presencia de Stella Corvalán.—Con el objetivo de conocer Brasil y sus círculos artísticos se encuentra en esta capital la poetisa chilena Stella Corvalán, que ocupa en su país una posición de alto relieve literario, gracias a sus libros entre los cuales se citan: «Sombra en el aire», «Palabras», «Rostros del mar», «Alma», «Geografía azul» y «Amphion». La presencia de Stella Corvalán, en esta capital, constituye una grata oportunidad para que nuestros escritores puedan conocer una admirable y joven poetisa consagrada en varios países de América por la belleza de sus poemas y por la marca inconfundible de su lirismo.

De «Clarín». Buenos Aires, 1949:

La celebrada poetisa chilena Stella Corvalán inauguró los Jueves literarios de «Peña Argentina» con una charla sobre el tema «Sortilegio de Chile». En la ocasión fué presentada al público por el poeta Luis Cané.

De «El Bien Público». Montevideo, 1949:

Realiza esta artista de la palabra su acostumbrada visita estival a nuestra tierra para traernos el mensaje de la suya, envuelto en la gracia de su persona y de sus cantos.

...Su última obra «Geografía Azul», está henchida de santo amor al terruño y de notas de fina sensibilidad. Entre sus poesías destacamos el folklorismo pintoresco de los pregones, encerrados en «Feria de Chillán» y la «Sinfonía de Chile en ausencia», tan encendida de quejumbrosas nostalgias.

De María Granata. Buenos Aires, 1949.

La sensibilidad de Stella Corvalán es un privilegio con el que, felizmente, cuenta la poesía.

De Carlos Martínez Vigil. Montevideo, 1949:

Stella Corvalán es una estrella maravillosa en el cielo de América, con luz propia y rutilante como los astros.

De G. Maqueira, Cónsul de Chile. Sao Paulo, 1950:

En su peregrinaje espiritual por el mundo, Stella Corvalán va recibiendo los sufragios más altos. Que acepte también la gratitud de sus compatriotas de Sao Paulo por la visión palpitante de nuestra tierra que sus versos emocionados han puesto, en estos días, ante los ojos humedecidos de nuestras «saudades».

De Carlota de Camargo Nascimento Costa, Río de Janeiro, 1950:

La patria defiende a Stella Corvalán, conmovida porque la ha engrandecido su obra monumental. Ella es hoy la magnífica artífice de la palabra.

De «El País». de Montevideo, 1949:

Stella Corvalán en tierra uruguaya.—Brillante reunión de gente de arte y letras se efectuó anoche en ese cenáculo del éter que Rosa de Conde anima en C. X. 22 R. Universal. Fué el personaje de honor, Stella Corvalán poetisa chilena que llegó ayer a nuestro país. Fueron varios los poetas valiosos de nuestras esferas literarias que en torno a Rosa de Conde brindaron su bienvenida a la poetisa chilena, gran amiga de Juana de Ibarbourou. La embajada llegó luego hasta nuestra casa, donde le recibimos con la cordialidad que se merece su acentuada personalidad artística, así como la de sus

acompañantes. A nuestros requerimientos ofreció luego un breve acto recitado al personal de talleres. Fué en ese acto que pudimos aquilatar el talento interpretativo de Stella Corvalán, quien no sólo tiene en su voz matices y acentos múltiples y brillantes, sino que además está animada por una honda emoción, expresión cálida e irresistible poder comunicativo. Nuestro personal supo expresar a la gentil intelectual el agrado con que acogió el regalo espiritual que se le ofreció anoche.

De Titina Leal. Nicaragua, 1949:

Escultora de la palabra, ninfa que danza en el viento, en las aguas, en los caminos del amor, mujer que sabe vibrar al compás de la poesía, que es la vida misma, mujer que sabe traducir en estrofa todas las emociones del espíritu, eso y mucho más es Stella Corvalán.

Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social
3240-47.

Aa Núm. 135.669

Montevideo, 2 de julio de 1949.

Para su conocimiento y demás efectos, tengo el agrado de transcribirle la siguiente resolución.

MINISTERIO DE INSTRUCCION PUBLICA Y PREVISION SOCIAL.

Montevideo, 2 de julio de 1949.—Atento: a que la destacada poetisa señorita Stella Corvalán habrá de trasladarse próximamente a los Estados Unidos del Brasil, a fin de proceder a la realización de varios actos de carácter artístico: Con tal motivo se considera de interés confiarle a la citada

poetisa, una misión de estudios de carácter honorario. EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA. RESUELVE: CONFÍAR a la señorita STELLA CORVALAN, con motivo de su viaje, por los Estados Unidos del Brasil, la misión honoraria de estudiar el desarrollo de la poesía contemporánea en aquel país. COMUNIQUESE y archívese. BATLLE BERRES. O. SECCO ELLAURI.

De «A Gazeta». Sao Paulo, 1950:

El arte continúa prestando su mejor colaboración en el intercambio intelectual y en la aproximación de los países sudamericanos. Stella Corvalán autora de innumerables libros de los cuales destacamos «Geografía Azul», «Sombra en el aire» y «Rostros del mar», encuéntrase actualmente en Sao Paulo en misión oficial confiada por el gobierno del Uruguay. Mañana en la noche, en el auditorio de la Biblioteca Municipal, pronunciará una conferencia literaria.

Del «El Día». Montevideo, 1949:

...Stella Corvalán se halla vinculada al ambiente intelectual de nuestro país que ha tenido ocasión de conocer en varias de sus giras. Una amplia labor literaria lleva realizada, con libros publicados en su patria, Argentina, Uruguay y España, los que han sido prologados por destacados escritores que han puesto de relieve los valores de su poesía. En sus poemas el elemento lírico y los motivos que reflejan aspectos del paisaje y del folklore chileno, alternan con los de sentido humanístico... La poetisa chilena ha traído impresa en discos una producción suya que lleva por título «Sinfonía de Chile en ausencia», que trata de aspectos del folklore de su país.

Del «Evening Citizen», Glasgow, agosto de 1950.

En Glasgow está la poetisa chilena Stella Corvalán, que ha publicado ya siete libros. Viene ahora en una misión cultural desde Uruguay, pero siente que no podrá escribir sobre Escocia hasta que no haya visto sus lagos. Ella conocerá hoy el loch Lomond.

De Jorge A. Mora, «B. B. C.», Londres, octubre de 1950.

No deje un solo día sin permitir que esa finísima alma suya dé a luz excelsos frutos. Siga usando esa sensibilidad que la Naturaleza le dió y capte las maravillosas emanaciones de esta Europa eterna. Después vuélquelas en sus versos. Y triunfe.

Asociación Hispanoamericana de Rotterdam. Octubre de 1950

Estamos todavía bajo la impresión de su conferencia en el Boysman, de sus expresivos versos, de su voz musical y fascinadora. Tenemos delante de los ojos la evocación de su patria, tan lejos y tan desconocida de nosotros, pero gracias a usted ya tenemos contacto con ella, así como con todo ese brillante y atractivo continente Sudamericano, tan distinto de los Países Bajos. También ha sido para nosotros una verdadera alegría ver cómo usted en poco tiempo se ha penetrado con el alma de nuestra tierra. A. S. A. Drost.

Radio Nederland. Servicio Internacional, Hilversum, febrero 1951.

La Sección Española de Radio Nederland, quiere dejar hoy constancia en estas páginas de una efeméride memorable: la visita que en noviembre del año pasado hizo a nuestros estudios la ilustre poetisa chilena Stella Corvalán. Pasó por nuestro lado precipitada, impetuosamente. Estuvimos dando

vuelatas unos días en torno suyo, arrebatados por el torbellino de su simpatía caudalosa. Y nos dejó el recuerdo inolvidable de sus poemas, en ellos el atavío de la forma —robusta metáfora edificada con grácil feminidad— va develando un mundo encantador de paisajes líricos o se encrespa con clamores hondos y borbotones de palpitante intimidad.

La poesía de Stella Corvalán es apacible deleite, y de pronto, conmoción entrañable. Stella que desde Chile trae al Viejo Continente su mensaje, no vino a Holanda sólo para distribuir con largueza el caudal de su poesía, sino también para enriquecer ese caudal. Y de Holanda se llevó una serie de acuarelas poéticas, plasmadas en versos de amable ritmo y límpida belleza.—*Felipe Lorda Alaiz.*

De María Virtudes Luque. Amsterdam, 1950:

¡Stella Corvalán, mensajera de la inspiración americana!
¡Bienvenida a Amsterdam, la Bien Dotada!

De Hans Scheneider.

Instituto Iberoamericano-Hamburgo, Octubre de 1950

Gracias, a la insigne poetisa Stella Corvalán, que el Día de la Raza vino a traer a estas latitudes el canto de América. De Manuel Muñoz Borrero. Estocolmo, octubre de 1950

En nombre del Club «La Tertulia», que presido, dejo constancia de mi gratitud, admiración y simpatía para Stella Corvalán, quien, a su paso por la ciudad, nos ha hecho evocar con su charla lírica los recuerdos lejanos de este nuestro mundo que llevamos en sí, formando parte irrenunciable de la vida.

De A. Villamil. Estocolmo, 1950:

Cuando se está lejos de la patria y llega hasta uno el há-

lito vivificante de la poesía—poesía que fluye de los versos y de la persona de Stella Corvalán—hasta el más prosaico de los hombres puede pedir que se le perdone el emocionarse.
De Ernesto Dethorey. Estocolmo, 1950:

¡Qué agradable sorpresa recibir a Stella Corvalán en estas latitudes! ¡Lástima que en su peregrinación por Europa su estancia en Estocolmo no haya sido más larga! ¡Me hubiera gustado tanto hablar largo con ella de poesía de su poesía y de la sudamericana!

De Maticia Goulard de La Lama,

Instituto Ibero-Americano, Gotemburgo octubre de 1950

¡Quién iba a pensar que Stella Corvalán, toda verso, iba a llegar a este nórdico Gotemburgo! Pasó como un relámpago, como una brisa que, inesperadamente, nos sobrecoge, con su olor a algo lejano y desconocido: América.

Del diario «Politiken». Copenhague, octubre de 1950

América Latina siempre ha tenido muchas poetisas, varias de las cuales han llegado a obtener fama mundial. En estos días visita Dinamarca una joven colega de Gabriela Mistral: es la poetisa y escritora chilena Stella Corvalán, enviada oficial del Uruguay, que en calidad de representante cultural de América Latina está en Copenhague. Viene a estudiar la situación cultural de Europa y al mismo tiempo a propagar en el Viejo Mundo el conocimiento de la literatura latinoamericana.

De «La Información Latina». París, noviembre de 1950:

La poetisa chilena Stella Corvalán ha dado en el Instituto Hispánico de la Sorbonne una conferencia sobre la personalidad de la gran poetisa uruguaya Juana de Ibarbourou,

en el curso de la cual ella ha leído páginas inéditas de quien compara a la Duquesa de Noailles. El encargado de Negocios del Uruguay y señora, el Profesor Delpy, Director del Instituto Hispánico, que ha presentado a la conferenciante, el Profesor Raymond Ronze, el Maestro Julio Supervielle y señora, el Cónsul General del Uruguay y numerosas personalidades francesas y sudamericanas han asistido a este acto.

Del Embajador de Chile en Francia, señor don Joaquín Fernández, noviembre de 1950

Para Stella Corvalán toda mi admiración de chileno y de Embajador por su admirable obra de propaganda a la Patria, que siempre sabe dejarla muy en alto.

Del señor Aurelio Fernández García-Huidobro.

Bruselas, noviembre de 1950

Stella Corvalán con su delicado temperamento espiritual, va recogiendo, atenta y alegre, el oculto mensaje de las cosas.

E. A. G. Radio Alicante, enero de 1951

«Paisajes líricos de Chile», en el Casino de Alicante.

Con un estilo eminentemente poético matizado por deslumbrantes imágenes, Stella Corvalán nos ha ido describiendo la magia de los campos chilenos, sublimizados por sus poemas que cantan toda la gracia folklórica de aquellos horizontes. Su acariciante voz, trae a nuestra presencia la gramática de los labriegos inmortalizados ya para siempre, bajo los símbolos de «Juan Araya» y «Pedro Antonio», prototipos de la psicología popular chilena.

Del diario «Información», Alicante, enero de 1951

El anuncio de la conferencia que sobre «Paisajes Líricos de Chile» dió ayer en el Casino de Alicante la eminente poeti-

sa Stella Corvalán iniciando el ciclo de conferencias organizadas por nuestra primera Sociedad, atrajo al salón Imperio numerosísimo auditorio que llenó totalmente la amplia sala... Su conferencia, admirable recorrido espiritual del país chileno. En un magnífico ramillete de poesías de elevada concepción, relata las excelencias de su patria. El mar, el campo, la montaña, el río, la campiña y las costumbres, van plasmándose en las estrofas sin perder la materialidad, pero elevadas al rango de esencia y descubriendo sus valores más puros.

Del diario «Sevilla», Sevilla, mayo de 1951

La poetisa chilena Stella Corvalán en el Ateneo.—Esta embajadora de la literatura chilena ha hecho además, sin proponerselo, una eficaz propaganda de su país, de sus tradiciones y costumbres, pues en algunas de sus poesías, como la «Feria de Chillán» y la «Sinfonía de Chile en ausencia», llenas de brillantes matices, descriptivos ella, como Berta Singerman su preferida intérprete, las recita con las ilustraciones musicales de los cantos y pregones populares.

Del Presidente del Ilmo. Ateneo de Sevilla, señor Emilio Serrano Pérez, mayo de 1951

Como una mariposa llegó Stella Corvalán a Sevilla, en plena primavera, para que las flores de nuestros jardines, sintieran orgullosas el beso de su amistad. Seguramente encontrará aquí ese gran poema incompleto que busca caminando incansable por el mundo nuevo y viejo, entre sonar de caracolas y piedras de Catedrales. Bien merece todo éxito quien, como Stella Corvalán, juega como una chiquilla, canta

como una novia, llora como una mujer, sufre como una madre y sueña como un ángel. Merecedora es de dar a luz su mejor poema en esta Andalucía que la recordará con gratitud. Del Embajador de Chile en Portugal, señor don Luis Renard,

Lisboa, Junio de 1951

Que Stella Corvalán, que refleja la belleza de su alma en sus versos cristalinos, llenos de chilenidad, reciba los agradecimientos de sus compatriotas residentes en Portugal.

De J. Rodríguez Mateos. Sevilla, 1951:

Stella Corvalán: nueva estrella con luz propia en el cielo de la poesía, ha dejado su estela permanente en este cielo andaluz.

De Manuel Molina. Alicante, 1951:

Como Stella Corvalán al mar, yo quisiera decirle una palabra única y perfecta. Es irreal e inverosímil como un aroma o como un sueño, como una ilusión interminable, como un beso imposible. Y el milagro de su poesía errante, de su presencia tumultuosa es tal que supera a su propia poesía.

De Vicente Ramos. Alicante, 1951:

Como un fúlgido mensaje sideral, ha llegado Stella a Alicante, ciudad conmovida y ya más luminosa por ella y para siempre bautizada por su gracia.

De Antonio Sánchez Rebollo. Lorca, 1951:

Stella Corvalán es toda milagro. Todo en ella se ha reunido. Es tanto poeta nacido y muerto ya, que por eso así canta.

De Angel Alarcón-Saiz. Elda, 1951:

Stella Corvalán, confirmación gloriosa de referencias y anteriores embajadas de la cultura y espiritualidad chilenas,

ha traído a España y a Europa, el perfume y el aire nuevo vivificante de algo que presentíamos y que al ver convertido en realidad, nos subyuga con el poder de aquello que en vez de decepcionarnos supera lo previsto. Como otro apóstol de la belleza que recorriera el mundo, obsesionado por el deseo de abrir los ojos de aquellos que desconocen las maravillas que ella y sus compatriotas tienen el privilegio de conocer, peregrina con heroica devoción y se consume de una nostalgia que da la más fuerte nota de encanto a sus composiciones. La atención de que pueda verse rodeada, el placer que suponga su incesante viajar y contemplar nuevos paisajes y vivir nuevos ambientes, la simpatía con que forzosamente habrán de corresponder a la suya... todo ello, y cuanto se imagine no es, no puede ser suficiente para borrar ni disminuir su intensa añoranza. Esta trasciende en sus poemas, en sus charlas y en las anécdotas de irresistible atracción que esmaltan su sencillez y nobleza raciales. Poseída por ella, Stella Corvalán nos hace vivir un Chile ancho, sincero y profundo, matizado de las exuberancias y las frondosidades de una opulencia concretamente vegetal. Esta floración primaveral y perpetua de su país, se trasmite a su apasionado lenguaje y le hace hablarnos con quejumbrosidades que idealizan la belleza de sus imágenes y la tornan filigrana literaria de sorprendente y hermosísimo estilo.

Stella Corvalán es un milagro. Los imperativos y las necesidades de la vida, le reservaban un puesto quizás mediocre en la rama de una actividad tal vez no muy de acuerdo con su innata disposición poética; pero una fuerza superior debió revelarse en ella e impulsarla a la realización de esta gran

obra creadora que lleva a cabo. Con su pequeña y femenil coquetería incendiada de modestias, Stella Corvalán se nos revela como un gran corazón pletórico de íntimos latidos chilenos y humanos. En su vagar por los senderos angostos o rientes del mundo, como una sombra encarnada y ungida de eternidad, su palabra grácil halla motivo en cualquier insignificancia para dejar escapar el suspiro de su contemplación hecha lirismo, llanto o risa, que mana con fuerza irresistible y fecundiza su estrofa, dotándola de una sugestión que halla en nuestras conciencias ávidas de esa belleza nueva y clásica, un eco de comprensión que nos hace vivir sus imágenes con cristalina limpidez, como en un espejo de maravilla. Así, es como hemos conocido en su esencia íntima el alma de Stella que es el alma pequeña y grandiosa de un país cuya difícil belleza exigía la entrega absoluta y la percepción fina y sabrosa de una sensibilidad traspasada de rasgos de genialidad, para ser retratada exactamente.

Talca, 4 de mayo de 1951:

Señorita Stella Corvalán.

Alicante, España.

Distinguida y respetada señorita: Alumnos de la Escuela Superior núm. 2 de Hbres, pertenecientes al grupo de Orientación Profesional del sector artístico, han elegido con todo respeto y orgullo para nuestra Escuela su nombre para la Academia Literaria, la cual, desde este momento tiene el alto honor de bautizarse con el nombre de: «Academia Literaria Stella Corvalán», dirigida por las profesoras de este establecimiento señora Camila Romero y Señorita Eliana Méndez Toro.

Es un alto orgullo para nosotros llevar su nombre a este pequeño Centro Literario, que esperamos darle vida con los esfuerzos que nuestros conocimientos de alumnos de V y VI año nos permitan.

Rogamos a usted, distinguida señorita, aceptar este pequeño homenaje que desde esta lejana escuela chilena, le brindamos con todo cariño y respeto. Al mismo tiempo, hacemos llegar nuestras más sinceras felicitaciones por el hermoso ramillete de triunfos que ha obtenido en los cielos de Europa, en nombre del profesorado y alumnado de nuestra escuela.

Con la admiración más sincera y nuestros mejores votos por sus éxitos le saludan respetuosamente.

Alumnos de la «Academia Literaria Stella Corvalán»

Escuela núm. 2 de Talca

Gustavo Figueroa (Presidente) Román Muñoz (Secretario)

De L. Valle Domingues. Lisboa, 1951:

Fecha inolvidable en que brilló en el cielo de Portugal una estrella más, una estrella de la poesía chilena; Stella Corvalán.

Del «Diario Popular», Lisboa, junio de 1951.

...Como afirmó un escritor brasileiro, Stella Corvalán hace de su arte, noble e inspirado, el más bello instrumento de evocación y presencia, no sólo de Chile, sino de todos los países que va registrando en su recorrido, Portugal figurará también, a través de la sensibilidad de la distinguida poetisa chilena, que va a enriquecer su obra que comenzó en 1940 con «Sombra en el aire», con un nuevo li-

bro en que su forma verbal y su lirismo se afirmarán en toda su plenitud.

Del «Correo Literario», Madrid, octubre de 1951:

...Las poetisas hispanoamericanas llenan por entero toda la mitad literaria del siglo, con personalidad inconfundible y verbo caliente, y su lírica no será pasajera y volátil. La poesía de estas mujeres luminosas dejará honda huella en las almas. Llega ahora a Madrid la chilena Stella Corvalán, quien nos ha declarado en conversaciones amistosas, que tiene cuatro patrias: Chile, España, Uruguay y Argentina. Nosotros diríamos más bien que tiene una sola y grandiosa como todas sus compañeras: la de todo el ámbito lúcido de la hispanidad, donde el castellano, la lengua en la que Ercilla cantó a los héroes del Arauco modela espíritus y gentes...

¡Bienvenida sea Stella Corvalán a la tierra y al cielo de Castilla. «En Castilla —dijo Lucila Godoy —el paisaje es el cielo». Que este cielo, que cobijó a Santa Teresa, le sea fácil y propicio: que él le aumente la gracia espiritual de su canto. Antonio Oliver.

De María Alfaro. Madrid, 1952:

Stella Corvalán une la sencillez y la cordialidad al genio poético.

De Carmen Condè. Madrid, 1952:

Nunca estoy desconectada de la vibración poética de ningún país del mundo, y menos aún podría estarlo de América. Por vocación y por amistad con las poetisas de América me liga siempre la vida. Entre mis mayores cariños están Gabriela Mistral, Juana de Ibarbourou, Dulce María Loynaz... Co-

menzó esta dedicación de mi alma con el nombre precursor de la malograda y admiradísima Delmira Agustini.

Ahora llegan a mis ojos los magníficos versos de Stella Corvalán, chilena, que se me acerca de la mano querida de Juana de Ibarbourou. Y yo encuentro en la apasionada obra poética de mi nueva amiga, ese caliente vaho de la sinceridad humana que se desborda del poema sin hacerle perder su prestigio de criatura de arte. Ella sabe que se deben contar las cosas que nos turban y enloquecen, sin abandonar la elegancia que necesita toda intimidad dentro del verso.

De Alberto Insúa. Madrid, 1952:

Delmira Agustini, Gabriela Mistral, Alfonsina Storni, Juana de Ibarbourou eran las cuatro grandes poetas de nuestra América. De ellas permanecen en el mundo dos: Gabriela y Juana. Pero ahora las cuatro son tres: Juana, Gabriela y Stella... Esta Stella Corvalán maravillosa, tempestuosa, incendiaria, asusta a las Musas y obliga a Apolo a detenerse para decirle: «aguarda a que disponga para ti tu cumbre en el Parnaso».

De Edgardo Garrido Merino. Madrid, mayo de 1952

En su nombre, Stella Corvalán, está cifrado todo el futuro de su vida literaria. Y además el signo de su presencia en el cielo de la poesía contemporánea.

Del «Nieuwe Rotterdamsche Courant», junio de 1952

Seguramente que la poetisa chilena Stella Corvalán que en 1950 visitó nuestro país y habló algunas veces por Radio Nederland, no solamente estuvo inspirada, sino que también penetró en nuestro ambiente. Lo atestigua su visión lírica de Holanda. No conocía a Stella Corvalán. Su nombre no figura

en las obras de Enriquez Ureña y Julio A. Leguizamón, ni tampoco está puesta al lado de sus cien hermanas en el arte, en Antología de Poetisas Hispanoamericanas (Madrid 1946). Su estrella habrá surgido después y acaso muy rápidamente, porque, sin duda, merece una posición privilegiada al lado de Gabriela Mistral, al lado de Juana de Ibarbourou, Delmira Agustini y tantas poetisas de Hispanoamérica de los últimos sesenta años. Una música rica, variada y sonora hace Stella sonar, tan variada como el viento que canta.

Del Cónsul de Brasil, N. de Oliveira. Argel, 1952:

Stella Corvalán, en su inmenso afecto al Brasil buscó este Consulado para «matar saudades» y muchas veces las vió despertar al cantar en sus hermosos poemas las tierras brasileñas. Con emoción serán siempre recordadas las primeras palabras oídas a Stella en el Círculo Francés-Mahometano, referentes al Brasil.

De «L'Echo D' Alger». Enero de 1952:

Stella Corvalán ha sido recibida por el Círculo Lelián.

Los propósitos se cruzaban rápidos y alegres anoche en el Círculo Franco-Musulmán. Por fin se hizo el silencio y M. Jean-Richard Smadja, presidente general de los Círculos Lelián, presentó a cada uno a Stella Corvalán, poetisa sudamericana.

Sonriente, joven y sencilla, emocionada por la acogida que se le ha hecho, apasionada cuando ella nos dice sus versos, Stella Corvalán ha sabido agradar a todos.

Ella dice sentirse aquí en familia y es por eso que nos habla con tanta espontaneidad de sus viajes, de sus sueños de juventud que se han convertido al fin en realidad.

Su primer libro «Sombra en el Aire», apareció en 1940. Fué su última obra «Sinfonía del Viento», la que ella dedicó anoche a los numerosos asistentes, pero sabemos que una nueva obra, la «Sinfonía del Agua», cuyo primer poema fué escrito en las gargantas de La Chiffa, está ahora en preparación.

Stella Corvalán que hace en nuestro país un viaje de placer, ha prolongado aquí su estadía antes de partir hacia Andalucía, Italia, Turquía y París.

Al invitar a Stella Corvalán el Círculo Lelián, atestigua plenamente sus propósitos de intercambio cultural y de comprensión mutua.

Notamos en la recepción a M. Belaiche, delegado en la Asamblea algeriana; M. de Galán, Cónsul General de España; M. Cónsul del Brasil; Aguesse, director del Movimiento de la juventud; M. Renaut director de la Escuela Normal; M. Ramani, Presidente del Pen Club; M. Pommier, Presidente de los escritores argelinos y gran número de intelectuales, de profesores y de estudiantes. M. D.

De Javier Arango Ferrer. París, febrero 1953:

Ante los mediocres y los envanecidos el poeta no será importante si no lleva los oropes exteriores de la importancia. Stella Corvalán desconoce los sarcasmos de la solemnidad porque es un poeta verdaderamente importante. Pero es una

mujer sencilla, superiormente indefensa para compartir con los privilegiados las ridículas paradojas de la celebridad.

Stella rima con Gabriela; he aquí el dístico por excelencia de la poesía femenina americana. Su nombre significa estrella; la que no se apagará en su horóscopo, y significa la

estela que dejará en la poética por los dos mares de nuestro continente. Y ese nombre no se lo llevará el viento: el viento seguirá cantando, si eclógico en los dulces molinos y en las nostalgias amorosas, y si apocalíptico en los huracanes teológicos de sus poemas.

Simple grumete de las letras colombianas aprecio en lo mucho que vale Stella Corvalán, a una ilustre capitana... sin oropes.

¡Bienaventurados los poetas sencillos porque de ellos es el reino de la belleza!

Del «Algemeen Handelsblad Van Zaterdag», agosto de 1953

En la Literatura que se sirve de la Lengua Castellana, las voces de mujeres no son escasas. La poesía era, pues, uno de los medios de expresarse que la tradición no les ha quitado. Sin embargo no es sorprendente que, dado el lugar discreto que la mujer española ocupa todavía, si se la compara con sus iguales de sexo de la América Latina, donde en los círculos de los cultivados, la influencia francesa es muy fuerte, aumentando ahora en la de América del Norte, atrajeran mucho más la atención estas últimas. En la América Latina las fuentes de inspiración y de riqueza de imágenes son, a menudo, extraordinarias.

Como Rubén Darío experimentó fuertemente la influencia de los románticos y simbolistas franceses, así han podido comparar a la uruguaya Juana de Ibarbourou con la Condesa de Noailles. La chilena Gabriela Mistral tuvo muy pronto contacto con Méjico y Europa. La argentina Alfonsina Storni, nació en Suiza. Los abuelos de Delmirá Agustini eran un

francés y un alemán. Stella Corvalán también ahora muy estimada en Europa, es chilena. La base de su poesía es tan universal que sus versos son, seguramente, comprendidos en todos los países.—*A. Constandse.*

De «Information Latine». París Febrero de 1953:

La gran poetisa chilena Stella Corvalán cuya última obra poética «Sinfonía del Viento», prologada por Pío Baroja constituyó un franco éxito, prepara un nuevo libro «Sinfonía de la Angustia», siguiendo así el ciclo de obras en las cuales ella canta los diferentes estados del alma humana, y de los elementos.

De Eugenia Sanhueza. París, 1953.

Stella Corvalán cuya persona y poesía forman parte de un mismo y extraordinario universo.

De «Il Popolo», Roma, junio de 1954

Hoy a las seis de la tarde en la Sala Capizucchi, la notable poetisa chilena, Stella Corvalán, ofrecerá a sus amigos de Roma una velada intelectual-literaria, durante la cual presentará las más valiosas líricas de sus doce volúmenes de poesía. Las composiciones seleccionadas que aprovechan la particular musicalidad de la lengua sudamericana, participan todas del momento lírico de un privilegiado temperamento determinado, según el autorizado análisis de Giovanni Papini, por una fe inflamada y una tristeza que sólo logrará consuelo en el inefable abandono en Dios.

De María Zambrano, Roma, junio de 1954

Stella Corvalán trae en su persona y en sus versos, fuego y hielo de su Cordillera Andina —mía también como expe-

riencia esencial—. Con la esperanza y el desco de que su Poesía se acerque cada vez más a la palabra desnuda equivalente al silencio.

De Franca Martellucci Riganelli. Roma, 1954:

Leyendo uno de los ocho libros líricos de la gran poetisa chilena Stella Corvalán, me parece recordar un artículo en el que se hablaba de poesía y de poetas verdaderos en el más alto sentido de la expresión. Articulista, que te interesas de poetas y de poesía ¿has leído las de Stella Corvalán? ¿Te has sentido dominado y envuelto por su «Sinfonía del Viento»? Tú, que formas parte de comisiones para premios literarios y que de poetas te lamentas, lee las obras de esta ilustre poetisa, la cual nada tiene que envidiar, si bien tiene algo de muy elevado que ofrecer a quienes recibieron ya mucho, sea de Chile o del mundo entero.

De «La Prensa». Barcelona, 1954:

Diecisiete países sirvieron de escenario a la gran poetisa chilena.—Stella Corvalán vió la luz en Talca, en las estribaciones andinas de Chile, ese país cuya orografía alargada se agarra a los montes para no caerse al mar. Estos hijos de España —los hispanoamericanos, en este caso chilenos— sienten y aman como nosotros, son las mismas sus inquietudes y afanes, florecen en aquellos paraísos y surgen espontáneamente preclaros pensadores estilistas del lenguaje. Las mujeres que hacen poesía: Gabriela Mistral, Juana de Ibarbourou, Alfonsina Storni, Delmira Agustini. Stella Corvalán ha llegado a España con su bagaje lírico espléndido y fecundo. Giovanni Papini prologó su último libro «Sinfonía de la Angustia», reflejó fiel de su mundo interior y también

del que vivimos. Sus versos son recios, musicales, ecuménicos. La poesía de hoy adolece quizás de exceso de intimidad, de concentración. Stella, espléndidamente, exhaustivamente, exprime los temas hasta el máximo. Quisimos saber por boca de ella de sus obras, de su vida, entresacando cuanto de interés cálidamente humano posee la gentil e inteligente — reposadamente inteligente — poetisa chilena. Irurozqui.

De «La Vanguardia Española», Barcelona, noviembre de 1955
Organizada por la Cámara de Comercio de Chile se celebró en el Cine Chile un recital a cargo de la eximia poetisa Stella Corvalán. El Cónsul General de Chile, don Juan Mújica, cuidó de señalar a los asistentes la exuberante labor de la insigne poetisa, exaltando su peregrinar a través del mundo occidental y recordando que con Gabriela Mistral y Juana de Ibarbourou, Stella se ha conquistado con su estro un lugar indiscutible entre las poetisas de habla castellana. La ilustre escritora recitó con sentimiento y emoción, diversas poesías cerrando su magnífica disertación con la bellísima poesía «Feria de Chillán», en la que se refleja el alma de aquella nación hermana, tan llena de reminiscencias españolas.

«La Vanguardia Española», Barcelona, noviembre de 1955
Stella Corvalán pronunció en el Ateneo Barcelonés una conferencia titulada «Chile y su milagro». En ella abarcó con honda y sutil penetración todos los aspectos de aquel país, que por sus características geográficas y espirituales, ofrece un interesante campo a toda suerte de interpretaciones e investigaciones y en este caso, a todos los recursos líricos de que hizo gala la ilustre conferenciante para describirnoslo. Fue ilustrando con sus propias estrofas los distintos momentos de

su disertación y desfilaron, también, campesinos chilenos con su epopeya humilde...

Del «A B C» Sevilla, Enero de 1955

Stella Corvalán en el Club La Rábida.—En el conjunto de los poemas que nos brindó en el Club de la Rábida, cabe distinguir dos temáticas, que en ocasiones llegan a confluír: la visión de tipos y paisajes—Brasil, España, Francia, Italia—y una intensa subjetividad representada por un lirismo sentimental y abierto.

Se percibe en Stella Corvalán una dimensión apasionada, que afecta desde el amor humano a los elementos telúricos, lo que imprime a su poesía un fondo dramático invadido por un ancho caudal de ternura.

Del diario «Ayer». Jerez de la Frontera, enero 1955:

La anunciada lectura poética de la eminente poetisa chilena Stella Corvalán, acto organizado por «Anfora, Club de Arte» constituyó un destacado éxito. Stella Corvalán en alas de su poesía insigne, ha llevado su nombre y su fama por todo el mundo hasta llegar a Jerez, donde «Anfora» se siente orgullosa de su presentación. Stella dió una majistral entonación a sus versos cosechando encendidos aplausos al final de todas sus poesías, de las que han hecho los más cálidos elogios Aleixandre, Dámaso, Baroja, Menéndez Pidal, Marañón y otros ilustres literatos.

De José María Valero y Lerma. Jerez de la Frontera, enero 1955:

Juventud y un nombre: Stella Corvalán. Nada más claro aquí, más evidente que el reconocimiento a su valía poética.

Stella Corvalán, joven artista, peregrina de versos por todas las naciones, va dejando jirones de su alma en cada verso suyo, en cada frase. Es Stella, una voz que nos habla muy suave y que tiene, en esa misma suavidad toda la fuerza del anhelo, de la fe, toda la fuerza de una tristeza infinita, inconsolable en su vagar.

Anfora, en su afán no superado de arte, tiene hoy además del honor, la satisfacción íntima, el placer, de presentar en Jerez, merced a la colaboración de nuestro presidente de honor José María Pemán, a la poetisa chilena, vagabunda de versos, Stella Corvalán.

Del «Diario de Cádiz, Enero de 1955»

Stella Corvalán, poetisa chilena habló anoche en la cátedra cultural del Ateneo sobre Juana de Ibarbourou, uruguaya. Un acto organizado por la Sección de Literatura del Ateneo y que tuvo lugar en los salones del Casino Gaditano. Don José María Pemán hizo una breve y bella presentación de la poetisa chilena. Sugestivas, en grado sumo las palabras de Stella en torno a esa doble intimidad de Juana de Ibarbourou y de su poesía. Con grata delicadeza lírica comenzó relatando su llegada a Montevideo, y su primer encuentro con Juana de América, aquella tarde de primavera en que llegó hasta su domicilio, apretando entre sus manos el primer libro de su inspiración poética. Las dos poetisas se unen instantáneamente en fraternidad poética y sentimental, y Stella penetra de lleno en la interesante y humanísima intimidad de Juana. Y en el mismo tono de dulzura, continuó su conferencia reluciendo la entrañable vida hogareña y espiritual de la poetisa

uruguaya, tan sentida y palpitada por Stella en horas acordes de sentimientos entrelazados. Evaristo de la Mota.

Del «Ideal», Granada, Febrero de 1955

Música, sentimiento y brío en la poesía de Stella Corvalán.

En esta mujer toda sensibilidad y fuego, se hace muy difícil una interviú que se centre en la norma periodística usual. Porque en Stella, la vida toda se transforma en poesía para ofrecerla al que sepa recoger el latido cósmico de su mensaje. G. Corral.

Del «Diario de Cádiz». Enero, 1955.

Stella Corvalán habla para «Caleta».

Esta noche a las once y media en punto, Radio Cádiz retransmitirá la entrevista con la poetisa chilena Stella Corvalán, en casa de don José María Pemán por el grupo literario «Caleta». En dicha entrevista se encontraban además de don José María Pemán y señora, Stella Corvalán, los señores vicepresidente y secretario general del Ateneo Gaditano. Caleta se honra ofreciendo la voz y la poesía de la chilena Stella Corvalán.

Del «Sur». Málaga, Enero 1955:

Ayer noche dió un recital en el Club Berlitz Stella Corvalán, ante un público numeroso en el que figuraban escritores y poetas locales. Pronunció unas palabras de presentación don Manuel Orozco que resaltó la personalidad de la poetisa y sus numerosas obras. La vida viajera de la poetisa queda reflejada en su poesía, muy especialmente en su «Sinfonía del Viento», pasando luego a referirse a una poesía

más íntima y personal, en la que ella misma termina por estudiar su propio ánimo.

Del «Ideal». Granada, enero de 1955.

Ayer tarde pronunció en la Casa América su anunciada conferencia Stella Corvalán. Disertó sobre Juana de Ibarbourou, poeta de América. En su interesante charla, reveló algunos desconocidos detalles de la vida íntima de la gran poetisa latinoamericana reveladores de su exquisita personalidad. Como presente de Granada para la escritora uruguaya, Stella Corvalán recogió en un pliego las firmas de los escritores y artistas granadinos que acudieron a su brillante disertación.

Fragmentos de la presentación del Cónsul de Chile en Andalucía señor Víctor Domingo Silva de Stella Corvalán por su conferencia «Poetas de Chile», en el Ateneo de Sevilla. Mayo 1955.

...Vuelvo a tomar contacto con vosotros para presentarnos a una poetisa chilena de los más acrisolados méritos y en quien me complace saludar, delante de vosotros y desde este sitio tan honroso, como uno de los más sobresalientes y positivos valores de la moderna poesía chilena: Stella Corvalán.

El que habla, perteneciente a una generación robusta y laboriosa, ha sido y sigue siendo uno de los escritores que con mayor sinceridad y menos regateos, han sabido estimar la pasión artística, de la que Stella ha sido y es una representación genuina desde sus inquietos años de Liceo. Me enorgullece poder decir que esta poetisa de inspiración potente y cristalina, no ha hecho sino ascender, a partir de sus pri-

meros vuelos. Como que pocos son los que podrían igualarla y nadie sobrepujarla en el empleo de esos dos instrumentos mágicos, que los antiguos solían representar por una antorcha fulgurante o por dos alas en tensa posición de conquistar el espacio; Habrá necesidad de decir que hago referencia a la imaginación y a la sensibilidad, virtudes que nadie osaría negar a esta bella cuanto dinámica walkiria, para quien las tempestades de las altas atmósferas, parecen propiciar la facultad del vuelo antes que amenguar o entorpecer las manifestaciones supremas de la vocación poética?

Yo no sé ni he querido averiguarlo, qué poemas ajenos y que poemas propios va a leeros esta tarde Stella: lo que sé es que así, de la propia como de la ajena cosecha, ella habrá de haceros conocer lo mejor: como que su generosidad corre parejas con su versación en el terreno de la antología. Pocas y pocos se encuentran tan preparados como ella, dentro y fuera del país, para ofrecer un cuadro más completo por lo claro y lo imparcial, del desarrollo de nuestra literatura desde los tiempos coloniales, y un cuadro más apreciable del actual movimiento de las letras en los países de ultramar y muy particularmente en Chile.

De L'Information Latine, París, Abril de 1956.

Dedicada a su ideal —que es la poesía— Stella Corvalán permanece en París.

Apesar de la prosa y del materialismo de los tiempos, la poesía —yo entiendo Stella Corvalán— tiene admiradores, mejor dicho amigos.

Entre éstos, los latinoamericanos se alegrarán al saber

que en primer lugar figura el Conde de Casa Rojas que con su aeogida ferviente y admirativa prueba que la Madre Patria «no es una vana palabra».

De «Nouvelles Littéraires», París, 27 septiembre de 1956.

Una feliz peregrinación.

Es en Santiago de Chile donde vive (cuando esta infatigable viajera no recorre el mundo) la famosa poetisa chilena Stella Corvalán, que nuestro amigo Francis de Miomandre acaba de presentar en una fiesta dada en su honor en la Embajada de Chile. Ahora esta encantadora mujer fué recientemente llevada para curarse a una clínica del otro lado del mundo —a Santiago de España— el famoso Santiago de Compostela y se curó. Sólo los poetas son capaces de combinar así, aún sin quererlo, una coincidencia geográfica, una peregrinación y un milagro.

Del «Correo Gallego», Septiembre de 1956, Santiago de Compostela.

Stella Corvalán, la egregia poetisa chilena, hace días reside en Compostela. La ciudad del Apóstol se le entró como un verso de piedra en la hondura de su alma emocionada, extremadamente rítmica y sensitiva. Desde el primer momento Stella Corvalán empezó como un ave a cantar los monumentos, el aire, la luz, las estrellas, la lluvia, las piedras y el perfume, que saturan de belleza esta ciudad incomparable. Una tarde, con los ojos humedecidos por la emoción, se acercó al Convento de San Francisco. En sus labios traía florecida una súplica: quería ingresar en la Orden Tercera de San Francisco. Y quería hacerlo aquí, en Compostela, la ciudad que visitó

y tanto amó el Serafín de Asís. Y como lo pedía así le fué concedido.

Desde este día la Orden Tercera cuenta entre sus hijos una hermana más; pero una hermana que canta, que reza, que vibra como pocas ante las obras más grandes y más bellas que Dios fué dejando con pródiga mano en el universo.

Stella recita sus versos con una sabiduría inefable... Si canta, la música transfigura en sus labios la belleza solemne de su homérica poesía.

Sin duda alguna, Stella Corvalán, según la crítica literaria, es un indiscutible candidato al Premio Nóbel. Papini pedía para cantar los versos de esta preclara poetisa, el arpa de David o el arrullo de una paloma. Yo tan sólo quise darle el Cordón y el Hábito de San Francisco. La poesía de Stella Corvalán es un misterio que se descifra cada día al compás de nuestros más íntimos latidos.

Ese misterio—luminoso como el sol y perfumado como una rosa es el secreto de la vida de esta egregia terciaria franciscana, la gran cantora de los motivos enormes del universo: Stella Corvalán. En su voz hay acentos solemnes que nos recuerdan el aliento de Homero y los ritmos graves de Virgilio. La arquitectura interna de la poesía de Stella, rima con las elementales estructuras de la vida y del mundo. Cada fibra del universo resuena en las estrofas de esta sinfónica mujer, en forma de quejido, de canto, de plegaria y de éxtasis. Todo el cosmos es propiedad del corazón iluminado e incandescente de esta «estrella» seráfica que, desde las cimas radiantes de la pura poesía, deja caer sobre la angustia del mundo, el regalo luminoso de sus versos—temblorosos como estrellas, y fuertes

como arcángeles. El lirismo cósmico de Stella Corvalán nos beneficia a todos. Porque a todos nos enciende en los ojos la lumbre del amor para ver tras de la flor y de la estrella, del río y del árbol, de la montaña y el mar, del viento y del sol, la mano creadora de Dios. Fray José Isorna, O. F. M.

De Ramón Villot, Vigo, Septiembre de 1956.

No sé qué admirar más en las creaciones poéticas de Stella Corvalán, si la irreprochable factura de los endecasílabos, o las brillantes imágenes de los conceptos, o la originalidad de los pensamientos, o... En fin, esa difícil facilidad de hacer unos versos que no necesitan adjetivos para encomiarlos, porque en esta palabra, cuando se emplea con cierto conocimiento, está implícito su más puro y elevado encomio: versos.

¡Prodigiosa taumaturgia la de ellos! ¿no acabo de transcribirlos como si fuesen míos? Y, en verdad, son míos y de quien los lea, gracias a ese raro privilegio que Dios le ha otorgado a Stella de tallar diamantes de su propia mina, fabricar perlas y zafiros con virtuosas palabras.

«El Faro de Vigo», Agosto de 1956

Estuvo en Vigo Stella Corvalán uno de los más altos poetas de Hispanoamérica, cuna de grandes figuras femeninas de la lírica universal. El mundo íntimo de Stella Corvalán está hecho en nebulosas, que al ser portadoras de secretos designios se dispersan, transformándose constantemente en líricas fulguraciones metafísicas, en profundos lamentos sonoramente orquestados, en tremendos vaticinios que nos abruman, pero la clamante voz de este poeta de lo insondable, se remansa

al final cuando su espíritu halla el camino del consuelo en la «inmóvil playa eterna» que es Roma. Fecundo peregrinaje el de esta mensajera de la suprema belleza que nos ha dejado un hálito de eternidad en el corazón y la promesa de ese cántico apasionado de Galicia que sin duda ya comenzó a labrar en las piedras que cobijan los milagros del Apóstol. José Márquez Peña.

P. Guillén. Orense Diciembre de 1956

Nos dicen los estetas, entre ellos San Agustín y León Hebreo que la Verdad, el Bien y la Belleza son una misma cosa, al menos en Dios. Y aunque es cierto que entre los hombres sólo saboreamos bellezas participadas, pero unos nos dan más y otros menos, Stella Corvalán nos da mucha belleza. No sólo cuando se pone adrede a producirla sino hasta cuando está muy ajena de esa intención.

Nunca creí que una mujer fuese capaz de tanto. Y lograr un dominio tan absoluto del concepto y del verso, con un ropaje de excepción y una marcha ascencional tan sostenida e inspirada. Hay nervio, y hay empuje y hay arranque. El lenguaje en su mano se ha convertido en un instrumento dócil. Parece que se da aquí una identificación perfecta entre la materia y la forma; entre el contenido y el continente.

De Matilde Lloria, Orense, Octubre de 1956

Desde su primer libro editado en Buenos Aires, hasta el recientemente editado en España, Stella Corvalán ha llevado a cabo una obra gigantesca, insólita y conmovedora a la par, inaudita y hermosa.

Arrancando de Sor Juana Inés de la Cruz y llegando a

nuestros días, vemos cómo se han sucedido en el ámbito poético de Hispano-América, las pletóricas voces de Gabriela Mistral, esa maravillosa y frustrada madre doliente, Juana de Ibarbourou, la enamorada de la vida, Alfonsina Storni, la destruída que se anticipó a su muerte. Delmira Agustini, sensitiva y espiritual. Todas y cada una de ellas, con su voz propia y su pañorama vital. Pero el tiempo ha de pasar y ha de dejar constancia de una voz más alta en la constelación de Hispanoamérica. El tiempo está pasando ya, y cada día que pasa, enciende una estrella en el alto cielo de Stella Corvalán, ese ser dotado para el canto y el vuelo, y en el que no se sabe qué admirar más: si su arrolladora pujanza sensitiva, su capacidad creadora o la fabulosa fantasía que en su mundo palpitante de angustia y amor, vibra y nos arrastra, conmueve, gana, para una causa que no declinará jamás: la del corazón. España, y nosotros como españoles, le somos deudores de una gran dádiva: la dádiva inconmensurable a que nos obliga la suya, de cuya magnitud sólo podemos percatarnos leyendo su legado que permitirá intuir a través de su maravillosa pujanza, el destello de ese sol que hace feraz la ancha parcela de su poesía.

Stella Corvalán nos enciende en su poesía, la voz grave, rotunda y fidelísima de tres continentes. A su luz, transitamos, divisamos, salvamos las fronteras con ese hálito que su humano y torrencial corazón desborda. Esta viajera incansable; ese su inagotable manantial, y ese su bagaje de amor, y esa su lágrima ardiente y contenida, y ese titilar de luces que la han acompañado en su peregrinaje por tierra de España, ha cuajado la hermosura de mi Levante luminoso, el aroma

de arrayán de Andalucía, la parda y brava mansedumbre de Castilla, la Mancha soñando a ser molino, la eternamente dulce entrañable y sensitiva Galicia, que se hace patria en el corazón de esta chilena insigne.

De «La Región», Orense Noviembre de 1956

Stella Corvalán en el Liceo.

...Como recital poético había sido anunciada la intervención de Stella Corvalán. No sabíamos del exquisito regalo que esta mujer extraordinaria nos tenía deparado.

Será difícil que sea superada la labor de tal índole que esta mujer llevó a cabo en el Liceo la noche del miércoles. Porque son muchos los tantos que militan a su favor, tantos de parte de la persona física, tantos de parte de la labor literaria. Cuántas veces un valor positivo y hasta extraordinario queda menguado por la ausencia de ciertas dotes, de algunas gracias que no se compran, que es el cielo quien las regala; que si en una escueta valoración humana ocupan lugares secundarios son muy poderosos soportes para que el oro puro, el valor auténtico, no se empañe, que se exhiba en toda su entitativa realidad. Dos partes distinguió el poeta en el programa ofrecido. Previa a estas dos partes y a palabras, de pura presencia de gracia, de mera presentación de su propia persona. Stella Corvalán rebosa atractivo, esa indefinible cosa que llamamos simpatía, que es atracción, que es ritmo acordado.

Y luego su voz, una voz clara, caliente, acariciadora, de infinitos matices, de flexibilidad generosa, con un acento inefablemente gracioso y pegadizo. Y una entonación sabia, gra-

duada y medida, siempre dueña del ritmo, de la cadencia requeridos por las ideas que iban brotando del inexhausto hontanar creador de su inteligencia y de su corazón, milagrosamente hermanados.

Buen catador este público que aplaudió enardecido, y consciente de lo que aplaudía, a Stella Corvalán, que subrayo —caso único— todas y cada una de sus composiciones —no obstante suplicar el poeta que no fuese así— composiciones que fueron muchas—y que parecieron pocas—de muy denso contenido, de muy variado módulo, que llenaron casi dos horas, de mortal agonía si no estuvieran presididas por la gracia, dos horas que no agotaron, ni mucho menos el ansia de más disfrute, del gozo limpio y hermoso, del sabroso paladeo, entre golosinas y miniaturas angeladas de una orfebrería exquisita como en «Carmiña la del Toral» y la «Calle del Olvido», admiraciones y transportes inusitados, como en el poema del «Juicio Final» robustísimo y estremecedor, de sorprendente arquitectura hasta lejanías insospechadas en una mujer, sobre todo si es de continente y porte tan grácil, tan aéreo, tan de sensitiva como el de Stella Corvalán.

Buen catador de belleza ese público que sin conocerla apenas y sin que la gran crítica llegase a sus oídos, supo subrayar los valores incontestables. Este público se hace lenguas del dominio que el poeta posee del lenguaje; de la destreza en conducir los pequeños riachuelos que siempre aciertan con el gran río primigénio por donde la belleza discurre tranquila y serena, para desembocar en el mar dilatado de la unidad y variedad clásicas. Fueron alabadas multitud de metáforas—que no están reñidas con la poesía pura en su mejor

y más noble concepto—metáforas que una vez escuchadas quedan para siempre grabadas en el espíritu.

A Stella Corvalán la presentó otra gran poetisa —como dijo el presidente— Matilde Lloria se absorbió en la lectura de un libro fuerte y hondo de Stella. Tan absorta quedó Matilde, que la luz del sol la sorprendió sobre el libro: «Sinfonía de la Angustia». A la que presentaba la vimos anonadada ante la grandeza de la presentada. Su espíritu hambriento de belleza y experta en seguir el hilo de oro que engarza los retazos de belleza que andan por el mundo en espera de que se acojan, comprendió asombrada la realidad que había llegado a Orense y supo medir la cumbre que cubría un horizonte. Matilde hizo a Stella el homenaje de su admiración. Y asombrada ante la grandeza, sin remilgos, con toda la nobleza de su espíritu así lo confesó y rindió armas a esta nueva hermana que la buena suerte le puso al alcance para ya nunca más separarse. P. Guillén.

Trini Mercader. Tetuán, Febrero de 1957

Es inútil intentar retener unos datos biográficos de Stella Corvalán, que ha saltado con tanta valentía por encima de océanos y continentes. Hay seres en quienes los detalles mínimos desaparecen, para presentárenos solamente a través de sus grandes rasgos vitales, con sus trazos enérgicos. Y con ellos se ubican, se posan, ya para siempre en el tiempo, en todos los países, en todos los idiomas, no sólo por el paso por todas las fronteras, sino por unificarlas con su propio paso. Y es el ímpetu de su poesía la que la llevará más allá de sí misma, desorbitando una labor gigantesca desde su ini-

ciación, una labor agotadora: una labor propia de hombres, que es la forma más clara y la expresión más rotunda para elogiar lo hecho por Stella Corvalán. Se hace necesario un gran aliento, una sumisión total a su destino para cumplirlo tan fielmente, tan sin desmayo, esto es lo admirable. Y así va de uno a otro continente, llevando la poesía de Chile en su propia voz, acercando horizontes, aproximando voluntades, dando pie para un más profundo conocimiento de todos los pueblos. No hay oídos para dejarse vencer por la dulzura de la estada, del descanso en cualquier parte de tanta tierra visitada, de tanto hermoso paisaje, de tanto y tanto corazón amigo como ella hace crecer en torno al suyo. Se necesita una gran capacidad de lucha, una gran sencillez para que una empresa como la que sostiene Stella Corvalán no se le venga abajo. El cimiento es puro y en su pureza le crece. Una labor poética que la hace peregrinar incansablemente. Y este peregrinaje la convierte en ciudadana del mundo. Si os llama hermanos creed que es verdad, porque nadie mejor que ella tiene su puente cordial de país a país, para la gran familia. No se espere hallar en ella la poesía-juego; la suya es una poesía fieramente expresiva, entera como su carácter. Todo en ella es poderoso. En cuanto a su producción, asusta su capacidad de trabajo. Hay un deseo en la humanidad, una necesidad de creer en la existencia de seres extraordinarios. Pues bien, Stella es uno de esos seres extraordinarios. Uno de esos seres que no sólo llenan nuestra capacidad, de asombro, sino que da más y más allí donde parecía lógico terminarse. Le pedimos, pues, en nombre de la Poesía, que continúe siendo nuestra heroína, que continúe siendo lo que es.

Del Diario de Africa, Tetuán Febrero de 1957

...*Stella Corvalán, franciscana de la poesía; Chile peregrinó por Europa a través de su cálida palabra.* Nosotros ya conocíamos de sus éxitos por todo el mundo—lo habíamos leído en periódicos y revistas—y de su categoría mundial. Porque Stella Corvalán ha ido haciendo el milagro de traer Chile a Europa: pero un Chile condensado en paisajes unas veces, en costumbres otras y los más en «sinfonías líricas».

Del Diario «El Día», Tetuán, Febrero de 1957

Prosiguiendo su jira de recitales poéticos ayer tarde marchó a Tánger la poetisa chilena Stella Corvalán, quien nos ha deleitado a los que tuvimos la dicha de escucharla en público y en la intimidad cordialísima de un reducido grupo de verdaderos amigos, con la maravilla de su producción lírica. Pero Stella no ha reducido su actuación a agotar todo el caudal de su propia obra, sino, lo que es más importante, porque demuestra hasta qué punto es la sencillez en persona y hasta qué otro ama su añorado Chile, ha venido portando el mensaje de poetas chilenos desconocidos en su mayoría, por estas tierras. Gracias a la misión principal que se ha impuesto Stella en su visita a los diferentes pueblos de Europa y de Africa que ha recorrido, esos pueblos contrastaron la calidad poética de los artistas señeros que Chile muestra al mundo como una credencial de honda riqueza artística. M. A. G.

Del Diario «España» Tánger, Febrero de 1957

...*Stella Corvalán, la poesía, la sencillez y la grandeza.* En el ir y venir de la ciudad, muchas veces en la ignorancia más

completa, se producen tránsitos de alto rango, de los que el tangerino no se entera. Emilio Sanz nos ha descubierto que esto, por lo visto, ha ocurrido siempre en Tánger. La ciudad tiene para las figuras mundiales, al parecer, el gusto de lo incógnito. En ese pasar a prisa y casi en secreto, se nos iba a escapar Stella Corvalán, nada más y nada menos que una poetisa de la talla de una Juana de Ibarbourou y de una Gabriela Mistral, cuyos libros andan por el mundo conquistando fama y gloria, con prólogos de Papini, Baroja, etc. Stella Corvalán cuya poesía ambiciona los ámbitos inaprehensibles de la eternidad, que tiene de la belleza una idea hipertrófica, es, sin embargo, una mujer de una sencillez franciscana.

Del «Español», Madrid, Febrero 1957

...Stella Corvalán lleva tiempo en España. Conoce una por una todas las capitales españolas. A todas las ha cantado y de todas guarda, junto a sus versos, un recuerdo inolvidable. Hoy, en su casa de la calle de Ferraz, Stella me recibe con una sonrisa y me habla de muchas cosas. Antes de llegar a España se ha dejado atrás dos Continentes y más de la mitad de Europa. Habla de Granada, de Málaga, de Sevilla, de Jerez, de Galicia, de Levante y de San Sebastián mientras recuerda sus conferencias y sus charlas poéticas en Chile, en Uruguay, en Buenos Aires, París, Roma, Holanda, Inglaterra, Argel... Una geografía sin límites vista con ojos de versos alucinantes, entrañables, palpada con una sensibilidad exquisita y sentida con un alma profundamente poética. La poetisa habla despacio, bañando sus palabras con esa dulce tonadilla de su tierra. A Stella la llamó Papini la «cristiana errante, a la vez triste y eufórica». Y tal vez no hay mejores

palabras para definirla. En sus libros, en sus versos, la poetisa ha recogido con una visión profundamente cristiana de las cosas y las personas, el impacto espiritual que en ella ha producido el contacto con ese medio mundo que hoy lleva metido en sus alforjas de viaje... Ernesto Salcedo.

ALGUNOS JUICIOS SOBRE LAS OBRAS PUBLICADAS EN ESPAÑA

«SINFONIA DEL VIENTO»

De Vicente Aleixandre, Madrid 1951

«En el Jardincillo de Velintonia me ha leído algunos poemas de «Sinfonía del Viento» Stella Corvalán, y, ¡qué delicadamente quedan y se demoran aquí los versos de «El viento y las flores, y qué arrasadoramente pasan, entre los arriates, los de «El viento y la tierra».

De Leopoldo Panero, Madrid 1951

«Sinfonía del Viento» es una obra hondamente pura y de la mejor estirpe romántica que conjuga el mito lírico y la verdad humana en sus versos, tan europeos como americanos, pues si son americanos por su trasfondo espiritual y por su raíz viviente, son universales por su tradición y por su hermosura.

De José María Alonso Gamo, Madrid 1951

«Stella Corvalán es viento ella misma. Viento arrebatado surgido de un corazón entusiasta hacia infinitos de poesía. Sólo quien ha vivido la Pampa y los Andes, quien ha sentido penetrar en su carne el viento obsesionante del Pacífico, puede hacer de su viento un amor y de su amor una poesía. El viento que posee y la posee ha germinado en verso una carne rendida y obsesa. Con todo el ardor, con todo el impulso de su ciega furia, y con toda la dulzura y la suavidad de una brisa íntima. Así ha quedado completa esa Sinfonía que encierra en sus diversas tonalidades, todos los estados de ánimo y todos los rendimientos de una amante, a ratos entregada y a rato huidiza como él mismo.»

De Camilo José Cela, Madrid, 1952.

La «Sinfonía del Viento» ha vuelto a soplar en mi espíritu y en mi corazón con renovada furia. Su lectura me enfurece en ocasiones, y me amansa, en otros instantes. Stella Corvalán tiene la fuerza de un monstruo fiero. Probablemente no es ella una mujer sino el viento mismo, un viento desatado y devastador que se nutre de mundos.»

De María de Gracia Azambuja, Portugal

«Stella Corvalán es, en realidad, una gran poeta cuya dimensión humana y universal se impone a mi sensibilidad.

A veces la poesía simbolista nos conduce a un estado sonambúlico semejante al provocado por algunos poemas de Rilke. Con Stella no nos sucede esto. Su «Sinfonía del Viento» nos envuelve y nos arrastra en el viento, levantándonos el alma hacia los caminos infinitos que son los de la poesía.»

De Luis Morales Oliver, Madrid 1952

Escribir el mundo poemático de la «Sinfonía del Viento» es tanto como remontarse por una escala de armonía translúcida.

De Antonio Fernández Spencer, Madrid 1951

«Creo que pocas voces femeninas —si las hay— han logrado tal ternura en la comunicación de los fenómenos naturales intuidos. Poesía afortunada, llena de ritmos misteriosos, de soberanos encantos, es la que nos ofrece esta primerísima voz de la poesía de Chile.»

De Eduardo Carranza, Madrid 1951

«Si viene desde lejos un aire de canción,—si se oye andar la música por la orilla del día,—y si llega una ráfaga de luna al corazón:—es que el viento ha pasado sobre tu poesía.

De Concha F. Ballesteros, Sevilla 1952

Tu libro es dantesco,—Wagneriano, grande,—lleva las volutas de tus mil sentires.—Tiene la pujanza de aquel Miguel Ángel,—y el canto que vuelve las luchas de Aquiles.

De Felipe Sassone, Madrid 1951

«En su "Sinfonía del Viento", escribe Stella Corvalán: "Ni yugos pesados, ni muro al acecho, he buscado esposo que me avive el paso,—soy novia del viento."»

Y miente. Claro está que miente sin malicia, por amor del aire, que es su vida, y por anhelo de evasión lírica. Pero miente porque los vientos son muchos, ocho para los griegos y cuatro para los romanos. No es Stella mujer para tener tantos novios: los vientos la solicitan y ella coquetea con todos sin darse, y en la gracia de sus noches, los vientos se desgarran en las puntas luminosas de la estrella de su nombre. Todo ha sido en su poema una ansia de libertad y de amor panteísta, compadecido, por merced indulgente de su arte, con el fervor de su monoteísmo cristiano. Ansia de evadirse al romanticismo dulce de sus versos de otros poemas, sencillos y claros, en un jardín casero, bajo una brisa suave que no deshoja flores. Poetisa del hogar, del amor a la tierra, sentimental y sensitivo, hecho de anhelos cotidianos y de nostalgias inmediatas, vuela de pronto hacia el azul con un ímpetu épico, y se agita en medio de todos los vientos, para volver al fin, a la tierra de sus calles al realismo de la ciudad donde hay un «viento ladino que aguarda a las mujeres que van de prisa...» Me gusta a mí este libro, bien compuesto, bien editado, bien ilustrado. Y digo esto último porque orno sus páginas el lápiz de otra mujer, la holandesa Agnes van den Brandeler que se recreó en dibujos mitológicos, copiando los vientos, copiando el cuerpo desnudo, lo más bello de la creación, porque Dios hizo al hombre, a su imagen y semejanza, y a la mujer, flor de su costilla, aroma de su barro. ¿Quedamos en que no es novia del viento Stella Corvalán? Tal vez sí, y ella ha escogido uno solo, y éste no puede ser más que Céfiro, que es el viento de Occidente. Céfiro con sus alas de mariposa, y la mariposa es el símbolo del alma.»

De María Ontivero, Madrid 1951

«Poeta significa creador. Poeta, pues, y altísimo es Stella Corvalán, creadora del viento múltiple, corporeizado por la varita mágica de su inspiración y protagonista del epinicio de una naturaleza de grandiosidad wagneriana.»

Stella Corvalán es una voz nueva de América; pero es también la voz antigua y la de siempre, porque es la voz eterna, sin principio ni fin.—Nuestra poeta chilena cuenta ya con ocho libros de versos, publicados dentro y fuera de su país, como brotes florales de un jardín universal.—Levantemos discretamente una punta del velo que para el lector español cubre aún la obra literaria de Stella y penetremos sigilosamente hasta el «Santa-sanctorum» de su intimidad poética. Veremos que nos revela sorpresas en la variada gama de su obra, remontándose desde la nostalgia de la patria ausente, desde la queja suave hasta la cúspide de las resonancias pasionales y concreciones de su vibrante fantasía. Stella Corvalán es por antonomasia, la cantora de los elementos que no tienen secretos para ella; pero la pieza antológica de su obra literaria es, indudablemente, el último de sus libros: «La Sinfonía del Viento». Este poema, de avasalladora fuerza descriptiva, con una plétera de brillantes imágenes, es el aria orquestada de la naturaleza, maridada con esa criatura impalpable en todas y cada una de sus múltiples manifestaciones.—Junto al nombre de Gabriela Mistral, el de Stella Corvalán o mejor aún: Stella Minstral»

De José A. González Cienfuegos, Madrid 1952

«En "Sinfonía del Viento", independientemente del ropaje poético de suave y transparente lenguaje, expresivo a la vez que simbólico y de un marcado

purismo del idioma, veo la más alta poesía en la concepción y valoración de una idea como el Viento que sólo un alma supersensible puede captar de modo tan sublime.—Por una delicada y noble visión, que sólo a un poeta es dada, el Viento pone al desnudo su alma, más de dices que humana y con una galanura digna de las tierras americanas, el viento ríe y llora, canta y maldice, premia y castiga, ama y odia. El Viento mueve con iras de Dios justiciero, los destinos de una humanidad pasional, o se llena de fervorosa ternura ante el Portal de Belén. Es banal y sensual, pero sabe rezar una oración ante la Cruz del Cólgoto. Al dar sentido a una expresión de lo creado surge indiscutiblemente un canto de amor al Creador.

El viento por excelso, se diviniza en parte y acaso esta «Sinfonía viene a ser el reflejo humano de las palabras que se leen en los Hechos de los Apóstoles»: «Y de improvisto se hizo del Cielo un estruendo como de recio soplo de viento que corría y llenó toda la casa donde estaban sentados». Símbolo del Espíritu Santo, es mensajero anunciador del don de la Sabiduría.»

Del Presbítero José García Jimeno, Madrid 1952

«Nunca pude soñar con lectura de versos como los de «Sinfonía del Viento», que así me emborrachan de luz, de armonía y de grandeza; lo que es decir que me emborrachan de Dios. Por lo que a mí sentir hace, no sólo hago míos tantos otros elogios como son los que tributan a Stella Corvalán plumas consagradas, sino que también y sobre ellos, veo algo más que magia e inspiración única, veo un alma predestinada para un amar y sentir hondo y sublime. Creo que, en parte, coadyuva a esa su genialidad imponderable un corazón martirizado y tiernamente amoroso. Lo que tiene Stella Corvalán, lo que tiene su verso, lo que tiene su alma gigantescamente artística, es un sol nuevo creado con exclusiva para ella y formando el punto céntrico de toda la luminosa circunferencia de su espíritu y de todas las radiaciones creadoras de su dual genio poético.»

De Marcel Bataillon.—Colegio de Francia.—París 1953.

«Con razón Salomón, entre las otras cosas de gran ciencia que Dios le había dado, cuenta y estima el saber la fuerza de los vientos y sus propiedades que son por cierto maravillosas.—Esto escribía el Padre Acosta en el Perú, sin sospechar que una chilena había de superar a Salomón en ciencia inspirada de los vientos «Spiritus ubi vult spirat». Parece que Acosta tradujo para Stella Corvalán la palabra del cuarto Evangelio: «El espíritu o viento sopla donde le parece y bien que sientes su soplo, mas no sabes de dónde procedió ni a dónde ha de llegar». ¿Quién sabe a dónde ha de parar el soplo de la hermana del viento?»

De Casto Fernández Shaw, Madrid 1952

«Confieso mi sorpresa ante el maravilloso libro de Stella Corvalán.—Desde el año 1934 en que al hablar con el ingeniero Don Juan de la Cierva, inventor del autogiro, descubrí unos nuevos derroteros para la Arquitectura, no había vuelto a tener una impresión parecida.—En mi camino para descubrir nuevas formas, me encuentro con esta «Sinfonía del Viento» llena de Belleza Pura. Por otra parte me encuentro con las formas de la escultura abstracta que coinciden con las buscadas por mí en otros derroteros. Siento la emoción de que algo nuevo nos aporta este libro de la escritora chilena y bendigo este momento, por lo que significa de mutua comprensión entre España y América.»

De José Planes, Madrid 1952

«Siempre sentí la gran belleza del aire; pero Stella Corvalán con su «Sinfonía del Viento», me ha colmado de nuevas e intensas emociones en sus maravillosas formas que con su gran talento ha sabido descubrirnos.»

De Antonio Oliver, Madrid 1952

«Para escribir un libro como «Sinfonía del Viento», hay que estar socavado y mordido en el alma por brisas y huracanes. Creo que dentro de Stella Corvalán, el viento ha silbado ya trágico, ya apacible. Con él, Stella ha usado

unas veces espiga, otras rama y otras en fin oleaje alzado y gigante. Estimo que donde el poema alcanza tonos de fuerte orquestación, es en ese viento postrero del «Último juicios»; ahí el verso ulula y sobrecoge de modo patético.»

De Lucio Ballesteros Jaime, Valencia 1952

«Hay a veces en las mujeres una fuerza alegre, por tan íntima que las lleva a realizar obras máximas, iguales o superiores a las del hombre, en el terreno del espíritu.—Dios hace los rayos de la poesía, pero en privilegiados instantes del mundo, es la mujer la que sabe tomarlos para estremecer el sentido estético de su época.—Tal en esta ocasión con la «Sinfonía del Viento» de Stella Corvalán. El viento de Stella es múltiple, grandioso, salvaje y primitivo como sus tierras últimas de Chile en las que aún queda alerta el estremecimiento de lo desconocido, por la soledad sin límites. Esas tierras absolutas de personalidad geográfica en las que el ser se estremera de plenitud y soledad sin término.—Esta «Sinfonía» es la obra de una sensibilidad acerada, afilada amorosamente, a punto de intuición constante, de éxtasis sin igual. Por ello su música es rara y personalísima, aunque incomprensible a veces como toda genial poesía.—Nos hallamos, pues, ante un libro asombroso, de los que perduran maravillosamente por su legítima voz, porque su aliento es de todo el tiempo y su atmósfera se hermana únicamente con la verdad, esa verdad de la Belleza que no admite cantos inútiles ni envidias estériles. Stella ha puesto alma y música, toda su luz íntima en esa fuerza del viento que la ha hecho viajera de la estrella y la flor.»

De Manuel Molina, Alicante 1952

«He leído y releído esta «Sinfonía, magna, del Viento» que ha pasado vertiginosamente por la hermosa sensibilidad de Stella Corvalán, dejando la más profunda huella en su alma de inquietudes aladas y entrañables. En el confusioñismo que impera hoy en la poesía castellana, hacen falta voces como las de Stella, voces nativas, originales y puras, que vuelvan el agua a su cauce natural y vivo. Hace falta que el Viento, que la Angustia, que el Paisaje y la Tierra tengan el eco de un alma verdadera que señale su íntima presencia.

De Pedro Novo, Madrid, 1952

«En las estrofas de la «Sinfonía del Viento», como en todas las composiciones poéticas de Stella Corvalán brillan, como básicas virtudes, extraordinaria fantasía y exuberante imaginación, y al servicio de ambas, junto al don de poeta, rara aptitud de versificadora, revelada en medida y ritmo perfectos. Añadiré que, concretamente, en el mencionado poema, acierta en la prosopopeya o personificación del viento y en el desarrollo de su acción dramática por mares, sierras y campos. Aciertos también, en prodigioso número, las metáforas, gráficas e impresionantes. Otra cosa he de alabarle a la autora y es el cantar a la Naturaleza, vista en su grandiosidad y adivinada por ella en su árido conjunto de fenómenos físicos que torna en espirituales la pluma de tan admirable escritora.»

De Paz Gestoso, Madrid, 1952

«Bien merece un detenido comentario, este libro, admiración de aquellos que vienen a su conocimiento; por cuanto la manera originalísima de la autora al enfrentarse con la naturaleza es totalmente nueva, y en la grandiosidad y derroche de imágenes y metáforas, el poeta que hay en ella, supera las más excelsas páginas del romanticismo. No lograron los poetas de aquellos siglos, el ímpetu, la fuerza, el caudal vigoroso y fascinante del canto que sólo puede describir al viento, como uno de los elementos dominadores de la naturaleza.—La «Sinfonía del Viento» es obra del genio. Y el genio es una percepción más intensa, más vasta de la belleza y de la verdad; la superioridad del talento unida a los esplendores de la imaginación y a las actividades del alma; una cualidad trascendente otorgada a espíritus de selección, que los capacita para crear o comprender lo extraordinario. En este caso el poeta ha escuchado las innumerables voces del viento, sus misteriosas hablas, y su alma ha sido el

eco, donde los bramidos de la furiosas ráfagas se han revestido de un nuevo poderío; o los dulces susurros de las suaves brisas, fueron abatidos con mandos e imperceptibles arrullos.

Varios maestros de la Literatura, han prodigado al libro de Stella Corvalán juicios críticos extremosamente laudatorios. Todos convienen en la desusada magnificencia de este Poema, y J. A. Van Praag, clara y rotundamente dice: «Nunca antes, una mujer de habla española, emprendió obra poética tan gigantesca.» De la magnificencia de este canto sólo puede juzgarse escuchándolo entero, tal es la diestra riqueza del léxico que obedece a la opulencia de esta imaginación creadora, para la que no existe dificultad en los más opuestos contrastes.

Logra el poeta infundir toda su majestad, toda su pujanza al glorioso Viento de la Ascensión.—Nada escapó a la sagacidad observadora de Stella Corvalán; sí, diremos que el viento de los Ejércitos, el de los naufragios y el de la muerte, encierran la magnitud del heroísmo de la raza hispana y, cómo ha dicho Ricardo León, «nadie caló más hondo ni subió más alto que ella en la contemplación de la Naturaleza y de los afectos antímicos del hombre». La hermosa del poema «Sinfonía del Viento» inducen a recrear el espíritu en los esplendores del mundo (grande, sublime, siempre abierto a la curiosidad y al amor de los hombres) por medio de la inspiración a un tiempo fresca y culta de Stella Corvalán, que en sus Cantos, fué secundada a maravillas por las ilustraciones de otra gran artista holandesa: Agnes van den Brandeler, identificada con la universalidad del admirado poema.»

Julio Gómez de la Serna, Madrid 1952

«Después de escuchar, no de leer este poema sinfónico, yo que amo el silencio —¡el silencio henchido de cosas!— me siento como un hombre enroscado al cruzar una llanura castellana sobre la cual zumba el viento en los oídos, con voces de mil espíritus mágicos. Este panteísmo sonoro de Stella Corvalán abarca cielo y tierra. Todo aquí es viento. Viento que nos azota, que remueve nuestra sangre haciéndola circular más velozmente. Stella Corvalán desenreda virilmente la madeja de los vientos; pero en los instantes en que ella domina potente la cuadriga rauda arrastrada por los vientos, tiene en contraste, ademanes de mujer.—Después de haber escuchado la «Sinfonía del Viento» amaré más aún esa ráfaga, henchida de lluvia, que en algunas de mis duermevelas, hace ondear y restallar como una bandera irreal la cortina de mi ventana en la noche. ¿Qué dice el viento? Stella Corvalán explica, traduce su lenguaje universal, revela sus secretos. ¡Sutil intérprete, viril domadora del viento! Ella ha soplado con labios de mujer que tienen, sin embargo, un contorno varonil, las palabras y las imágenes que vuelan veloces, apretadas, continuas, sobre nosotros. ¡Imágenes, imágenes! Stella Corbalán está alucinada, obsesa, ebria de imágenes, es la descendiente directa americana del poeta italiano de «La Nave»; y como tal, merece el título que tuvo el poeta fenecido de «imaginíficas». Yo la vislumbro batiendo unas alas, no de cóndor o de gerifalte, sino de una ambiciosa envergadura icárea, y volando incansable —a favor y en contra de los vientos— con el vigor de América, gritando imágenes en la lengua de España.

Amo a esta «Sinfonía del Viento» con su estruendoso natural que resuena acrecido por selvas, mares, picachos y nubes; Porque Stella Corvalán sabe que el día final, el día del Juicio tremendo, soplará sobre el orbe, silencioso y extinto, el viento sobrenatural de la eternidad.

De A. B. C., Madrid 1952

«En Chile, tierra de poetisas, ha nacido Stella Corvalán, autora de esta «Sinfonía del Viento», que nos llega en caja esmeradísima de amplias resonancias, con sutiles dibujos de Agnes van den Brandeler. No se trata, ciertamente, de un título concebido a fin de lograr un determinado efecto exterior, sino que responde a la realidad del contenido, desarrollado en función del viento, que es para la autora fuerza hegemónica de la Naturaleza incluso, razón o cifra de amor.

Al viento, en efecto, se abandona Stella Corvalán, con entrega total de su inspiración poética y humano sentido. El viento y la tierra, el viento y la mujer, el viento y la muerte. Probablemente, no faltará quien eche de menos la causa por la cual concede Stella Corvalán al viento un cetro tan absoluto. Arrebatada por el viento, o entregada a él de buen grado, Stella Corvalán se deja llevar lejos: a ese lejoso que tantas veces se esconde dentro del poeta mismo. Como que en las lejanías o profundidades del espíritu guarda la poesía el mejor de sus secretos.» M. Fernández Almagro.»

«Información», Madrid, 1952

«Es un hecho, y curioso, se da poco el divino fruto de la Poesía en la mujer de España, y es extraordinaria la cosecha de versos de poetisas en esa América cuyo pulso late según la sangre española. ¿Habrà que pensar en que los pueblos son idóneos para un tipo de creación espiritual, y negados, históricamente, para otros? Lejos está el debate de si en España había aptitud para la Ciencia, comparativamente a sus magnos logros artísticos. El —¡que inventen ellos!— de Unamuno está rebasado por la realidad, que indica cómo el español, si se rezaga en algún momento en la labor científica, no fué por falta de inventiva, paciencia o vocaciones, sino porque la Ciencia exige, una colaboración intensa de medios e interdependencias. Pero, bien; a lo que aludí al comienzo es a la poquedad de poetisas en un ambiente como el nuestro, que ha contado y cuenta, con poetas varones de magnitud soberana; y que, por el contrario, en lo americano de la Hispanidad, la poetisa es moneda de oro corriente, que brilla tanto por su buena ley como por su abundancia. ¡Siendo ambas orillas, de idénticos mente y origen!

Un libro editado en Madrid es aporte a la poesía hispánica de ellos y de nosotros, comunión de lengua y alma que es una de las pocas galas de la triste Humanidad de hoy; un libro impresionante añade lauros hispanoamericanos a la perenne juventud e inmarcesible perfección de la Lírica del habla y del sentimiento comunes. «Sinfonía del Viento», de Stella Corvalán, chilena, andina, del hermoso país fragmentado por las convulsiones, irisado de lagos, sarta de islas unidas a la rotundidad de la montaña por el hilo de tierra que corre como un estremecimiento, al costado de América del Sur. ¿Y qué es este libro, de nuevo, de interesante, en el panorama total de la Poética de la segunda mitad del siglo?

Primeramente, advertimos un contraste entre la obra de Stella Corvalán y la de nuestros príncipes del bello y expresivo verso. Stella Corvalán es una poetisa de aliento enorme, capaz de ordenar y recamar un poema de millares de renglones, de repetir lo que Zorrilla, Núñez de Arce, Espronceda, realizaron. La poesía española actual es intimista, concentrada, miniada. Pretende —y consigue— decir en las menos palabras aquello más hondo, entrañable y definitivo; aquello que el buzo extrae de los sustratos profundos. No es una poesía gnómica, que ello sería desmenuzamiento, y por lo tanto, decadencia y falta de vigor... Y el libro de Stella Corvalán pertenece a otro orden preceptivo: es lo épico, grandioso, superabundante. De un solo tema, el Viento, la poetisa pinta sus innumerables formas y vivencias hasta dejar exhausto el asunto, en un grande, ancho, panorámico idioma. Es la riqueza, la imaginación luminosa, la mirada abarcadora de la Naturaleza, lo entero, universal... y sinfónico. Por lo que Stella Corvalán ya merece título de innovadora del instante. Un solo instrumento no la sirve para transmitir su poesía; el instrumento estallaría con el alto voltaje que fulmina sobre él la inspiración; precisa de una orquesta, a la que distribuye, como el compositor, el equilibrio de masas armónicas, el delicado «solo», el tumulto, el crescendo, el acento de mil acentos que es capaz de resonar hasta conseguir lo sublime. Esta poetisa es mujer de pasión, de movimiento e inquietud señoreadora de paisajes, de cumbres, como los Canigós de Verdazuer. Canta como en la soledad de un ser humano ante lo telúrico, y lo apresa con garra, y lo canta con pulmón de órgano, superadora de la nube que se anilla, alrededor de la frente viril de lo montuoso, hermana del Genio que habita en la Creación genésica. ¡Consiste en esta valentía ante lo sobrehumano aquello, nacional, que puede encontrarse en una

obra universal, la de esta poetisa? Chile no la abruma con el poder aplastante de las energías que en su tierra y en su mar laten, gigantes que se sobrepone al hombre: el montañón, el terremoto del oleaje entre rocas, el viento que aulla, arranca y derriba. Stella Corvalán nos conforta con su poema: que sobre las desatadas furias aniquiladoras, la mente, por la musicalidad de la idea hecha vocablo, por la armonía y la idea, apresa esas terribles superaciones, esos infinitos abrumantes, y los convierte en emoción ordenada, en belleza, en pájaro domesticado que al cantar, encanta y encadena el caos.—Tomás Borrás.»

DEL «MADRID», Madrid, 1952.

«...¿Cómo describir el viento? ¿Cómo narrar lo invisible? He aquí un libro, un libro de poesía que nos da la respuesta Stella Corvalán se llama la novia del viento. Aparece su libro epitalámico, el libro de sus bodas con el viento; en Madrid y con un prefacio de D. Pío Baroja, que así resulta el padrino de estas nupcias estelares...

... No quiero pasar adelante sin decir que comprendo el estupor de Baroja al descubrir en el poema de Stella Corvalán esa insólita grandiosidad que nos dice. Comenzábamos a creer en la desaparición de las lirias mayores, de los liróforos celestes... y terrestres, pero con los músculos de Atlas. Creíamos que sólo quedaban y se pulsaban las lirias menores, como de juguete, y he aquí, de pronto, que la América hispánica nos ofrece el asombro y el hechizo de Stella Corvalán, robusta y delicada, exuberante y sutil, muy antigua y muy moderna, walkiria y náyade, amazona y canéfora. Su carrera y su paso, su mirada y su risa, su angustia y su júbilo, su dolor y su placer de vivir, toda ella aparece y se vierte en su libro. Y la amante del viento resulta su dominadora: «¡Ah, qué soberbia la del viento;—quiere luchar con la mujer...!»

Stella Corvalán esclaviza al viento, lo sorprende y aprehende: «En el silencio augusto de la tierra—en la música oscura del pinar,—en la montaña absorbida y recogida,—en la rapsodia trágica del mar.» Su verso es elástico y fuerte, cual músculo de atleta. El octosílabo, el endecasílabo y el de arte mayor alternan en los cantos —o tiempos, si se prefiere— de esta cólica sinfonía. La rima, ora asonantada, ora con inesperado y precioso consonante, o bien voluntaria y magníficamente anárquica, permite al poeta todos los impulsos, todas las fugas, todos los caprichos y las gracias más sutiles y los acentos más hondos.

El vocabulario o repertorio de voces es de una opulencia deslumbrante. Mas no se piense que esta opulencia es meramente retórica y decorativa, sino que, por el contrario, se aplica siempre al sentimiento, la ensoñación o la visión del poeta con tal justeza y equilibrio, que no hay nada que parezca un adorno ni algo que pueda quitarse o sustituirse.

Observando esta seguridad en el verso de Stella Corvalán, esta plenitud y sustancia de sus estrofas, este acorde —siempre obtenido— de su intención y su expresión, he pensado unas veces en el robusto Verhaeren y otras en el fáustico Walt Whitman. No entro en la comparación sino para señalar el ímpetu viril de estos versos de mujer que irrumpen en nuestra lírica como un vendaval, como una tempestad. «La Sinfonía del Viento» señala, pues, la aparición de un gran poeta. Y no hay gran poeta si no trae en su obra «un frisson nouveau», como dijo Victor Hugo de Baudelaire. Stella Corvalán es chilena: Viene a enriquecer nuestro Parnaso como otras grandes poetisas hispanoamericanas, desde la prodigiosa Sor Inés hasta Juana de Ibarbourou, la del corazón innumerable. Stella Corvalán nos trae los ocho vientos antiguos, que son los de la vida, los de siempre, implacables o apacibles, destructores o renovadores. Su libro agita, precisamente, un aire de renovación. Agnes van den Brandeler, hada del dibujo y la pintura, nacida en la patria de Rembrandt, ha ilustrado maravillosamente el libro de Stella Corvalán. Y es otro de los encantos de la «Sinfonía del Viento», la identificación —¡cuán pocas veces lograda!— del que escribe y el que ilustra.—Alberto Insúa.

DE ORBIS, AGENCIA ITALIANA DE PRENSA, Florencia, mayo 1953.

«Stella Corvalán (italianizada por Papini (Cuore-valente), es una poetisa chilena que ha dado hace algún tiempo una conferencia en la Sorbonne, donde

además ha seguido cursos durante su residencia en París. «Sinfonía del Viento» es su octavo libro, porque es una poetisa nata y probablemente es uno de sus frutos más maduros, que aparece además editado en forma excepcional e ilustrado delicadamente por una joven e inspirada pintora holandesa, Agnes van den Brandeler. En esta Sinfonía, que asume aspecto de poema, ha desentranado los secretos del viento, arrancándole a éste su música, ya dulce, ya salvaje, para orquestar con ella todas las manifestaciones de la Naturaleza, en toda su grandiosidad. Según Pío Baroja, que ha honrado el volumen con su prólogo, «en este libro panteísta hay grande inspiración. Un poeta chileno, Rodrigo Sánchez Mira, escribió una estrofa que tituló, intencionadamente, «Gabriela y Stella» y en la que dice: «Ella camina por los desiertos—tú creas oasis floridos,—ella se entretiene con los muertos,—tú enseñas música en los nidos.»—Gilberto Beccari.

De J. A. VAN PRAAG, Amsterdam, 1953.

«Es la América española la que ha dotado a la literatura castellana de insignes poetisas. Esto ya empieza en los tiempos coloniales, cuando Méjico, entonces la Nueva España, produjo la famosa décima musa Sor Juana Inés de la Cruz. Y en nuestro siglo es toda una *pleiade* de mujeres inspiradas que surge en la parte austral del nuevo Continente. Ahí está la Mistral, apasionada, atormentada y amarga; al lado de ella, la Ibarbourou, moderna, positiva, cáustica y directa. Luego Alfonsina Storni, apasionada ella también, enigmática, agresiva. La Agustini, obsesionada, pero todas ellas relativamente de vuelo corto, limitadas al mundo de su corazón.

Con Stella Corvalán surge la mujer, que no menos apasionada, sabe salir de sí misma y cantar la Naturaleza, no en poesías cortas, ráfagas de impresiones, sino en poemas de gran envergadura. Ya apuntaba este don en su hermoso libro de paisajes chilenos llamado por ella «Geografía Azul», pero titubeos son al lado de los pasos enérgicos que da en esta Sinfonía, en la cual soplan los vientos todos, desde el céfiro susurrante hasta el huracán desencadenado.

Nunca antes una mujer de habla española emprendió obra poética tan gigantesca.»

DE LA REVISTA «HOMMES ET MONDES», París, 1952.

«Es en muy otro universo que el nuestro el en que entramos con Stella Corvalán. El solo título de su libro bastaría para esclarecernoslo: «Sinfonía del Viento».

El propósito de remontar hasta los veneros de la poesía primitiva en tiempos en que el hombre sentíase perdido en el seno de la terrible Naturaleza y aún no sabía si debería temerla como a enemiga o implorarla como a una madre, ese intento es ya aquí netamente visible. Y confesado sin ambages por un epígrafe tomado del himno védico. Pero como los Vedas mismos consideran a los Maruts como fuerzas religiosas, los aborda Stella con entusiasmo, ya vea en ellos el origen de las fuerzas devastadoras, ya quiera no contemplar en ellos sino los momentos (*tan raros*) de reposo y de dulzura. Pláceme pensar que el viento ha tomado su cariz de brisa fácil y muelle para conducir a los Reyes Magos hasta el Pesebre donde les aguardaba la Virgen con el Niño Divino; pero cuando es bajo el disfraz del tifón y la tempestad, como ve zozobrar los navíos, quedar arrasadas las selvas y las ciudades, no por eso le admira menos; pues toda vez que ha decidido consagrar su musa a los elementos, menester era que ofreciese un Canto al viejo Eter, del cual no es el Viento, después de todo, sino una apariencia momentánea, por misteriosa y espantable que sea.

¿Es esto en mí efecto de un antropocentrismo tenaz? No sé; pero confieso que entre las torrenciales efusiones de este lirismo cósmico, lo que prefiero son esos momentos en que el huracán, luego de haber depuesto sus temibles armas, descansa un poco y sonrío.—Francis de Miomandre.

DE CARLOTA NASCIMENTO COSTA. Río Janeiro, 1952.

«Sinfonía del Viento» sólo podría situarse entre los libros mejores del año

1951, ya sea en España o en cualquier otro país. Sentimiento, inspiración, talento, hay en su pujante substancia humana, que no tiene latitud cierta, ya que constituye la más preciosa herencia universal.»

DE ISIDORO ALVAREZ ALONSO. Sao Paulo, 1952.

«Magistral es el acústico libro «Sinfonía del Viento», de Stella Corvalán, cuya polifónica orquestación nos da todas las músicas del «wagneriano» Eolo. Es este poemario digno hermano de sus anteriores obras, y están en él, en grado sumo, la pericia y la emoción poéticas de la autora.»

DE BENITO QUINUELA MARTIN. Buenos Aires, 1952.

«Al terminar de leer «Sinfonía del Viento», me sentí envuelto en vientos de todas las latitudes. Es éste un verdadero poema de elevación espiritual. No conozco ningún poeta que haya realizado una obra tan completa con el tema del viento. Profundizando un tema, como en este caso, se llega a la comprensión y a la elevación. Agnes van den Brandeler es una excelente artista, ha interpretado los poemas con vuelo espiritual y sus ilustraciones están muy de acuerdo con la obra.»

DE DELIA BUGLIOT. Buenos Aires, 1952.

«Sinfonía del Viento» es una obra poética inmensa. ¡Qué mundo de figuras y qué hallazgos. Los poemas parecen partituras con universos de magnificencias y colores. Hermosa edición, digna del más exigente coleccionista.»

DE HORACIO C. RIVAROLA. Buenos Aires, 1952.

«He completado la lectura de «Sinfonía del Viento», de Stella Corvalán. Toda ella hermosísima. Gran consagración; Pío Baroja ha ratificado la opinión unánime. Fuerza en la palabra, o suavidad o caricia. Valor en la expresión y armonía impecable.»

DE MANUEL DEL CABRAL. Madrid, 1951.

«El viento ha sido siempre un viejo motivo en la poesía universal, pero es ahora cuando ha adquirido personalidad, o más bien, es ahora cuando existe, porque todo el viento estaba dentro de Stella Corvalán como un agua en ebullición y esperaba que ella le dijese a la poeta: aquí está, tómalo, está virgen, es un niño que tiene ganas de salir por el mundo a gritar, sin paredes, sin sitio, como un instrumento roto por la sangre.»

DE CLAUDE AUBERT. Ginebra, 1952.

«Este viento cósmico de Stella Corvalán me encanta por su tono poético y hasta podría decirse patético. Yo imagino, leyendo este libro, que las infinitas baladas del viento acompañan mi corazón.

Esta poetisa no debe dudar jamás de su genio. Su Sinfonía enriquece mis silencios.»

DE RODOLFO GROSSMANN. Alemania.

«Quisiera decirle que, después de hojear su libro «Sinfonía del Viento», ya no lo dejé hasta haber leído la última página.

Esta Sinfonía, en la cual vibran las vivencias de un alma femenina americana experimentadas en numerosos viajes por tierra y por mar, es para nosotros un nuevo mensaje de esas tierras que hoy están llamadas a asumir el papel de orientadores y guía en la renovación espiritual que necesita nuestro mundo entregado a los más bajos instintos y al dominio de fuerzas infernales. Me permito, pues, felicitarla calurosamente por su obra y actuación de embajadora espiritual de las Américas en nuestro Continente.»

DE CARIN FAHLIN. Suecia.

«A todos los aficionados al habla española, entre los cuales me cuento, les gustará en sumo grado «Sinfonía del Viento», tanto por el ritmo y sonoridad de sus estrofas, como por la riqueza de su vocabulario, que nos da una visión grandiosa del tema que trata Stella Corvalán con tanta inspiración y originalidad.»

DE «BOOKS ABROAD». Estados Unidos.

«Stella Corvalán, que continúa creciendo en fuerza desde su primer libro, «Sombra en el Aire» (1940), nos ofrece ahora su más atractivo y auténtico volumen de poesía. Esta vez, la andariega poetisa chilena, cuyos primeros volúmenes se editaron en Santiago de Chile, Montevideo, Buenos Aires y Valencia, ha publicado en Madrid. En el verso inicial, se declara ella misma «Novia del Viento», y las diferentes partes de la obra muestran las fases de la vida sobre las que el viento sopla: Las nubes, la montaña, el mar, la mujer y la muerte. Una de sus hermosas partes canta el viento en la vida de Jesucristo. Agnes van den Brandeler, una artista holandesa, enriquece la obra con sus bellos dibujos, que ilustran las musicales líneas de este libro encantador. Ella también nos ofrece un dibujo de la poetisa.»—W. K. J.

DE ROBERT KIRSNER. Estados Unidos.

«La compenetración de un alma poética, la de Stella Corvalán, y el viento se efectúa a través de una expresión de sensualidad musical hasta ahora muy raras veces, podría decirse jamás, tan armoniosamente vertida en versos.»

DE JOSEPH G. FUCILLA. Estados Unidos.

«De poesía sobre el viento se pudiera formar una enorme antología, figurando en ella los símiles homéricos clásicos, los vientos de suspiros y pasión de los petrarquistas, las tormentas de los románticos y algunas poesías fugitivas de nuestros contemporáneos. Pero, a pesar de todo esto, nadie ha cantado el viento con la amplitud e intensidad con que lo ha hecho Stella Corvalán. Guiados por ella, experimentamos nuevas sensaciones que no habíamos sospechado pudieran existir en nosotros. Hemos tenido desde la cuna contacto con este fenómeno universal, pero nunca lo hemos analizado, nunca descrito con concreción. No habíamos establecido enlaces íntimos entre él y nosotros. Pero ahora sí; ahora, después de leer los versos, varios y flexibles, llenos de música y color de esta joven poetisa, tenemos la sensación de que siempre ha sido nuestro amigo (o enemigo). Sus manifestaciones prosaicas de todos los días se han transformado en lírica poesía, merced al encanto de las palabras de su nuevo cantor.»

DE JOSE LUIS MESSÍA. Santiago de Chile, 1952.

«Caudaloso, sonoro, estremecedor como el lecho de un gran río, es el canto de estos versos de «Sinfonía del Viento», de Stella Corvalán. Versos definitivos de ancha y difícil madurez.»

DE «EL MERCURIO». Santiago de Chile, 1952.

«El último libro de la poetisa chilena Stella Corvalán ha sido publicado en Madrid por la Editorial Insula, con prólogo de Pío Baroja y grabados de la artista holandesa Agnes van den Brandeler. Cifrándose estrictamente al título, el libro contiene sólo una «prolongada» sinfonía del viento, esto es, un poema descriptivo en que aparecen evocados uno por uno los diferentes aspectos que puede revestir, en el espíritu del poeta, el recuerdo de las tempestades a las que colabora el viento para producir la dispersión, la ruina, el caos. La poesía anterior de Stella Corvalán era de corte subjetivo, y en ella abundan las confesiones líricas en que el poeta sublimiza episodios de su propia existencia. Esta vez el cambio es completo, una vuelta en redondo que deja perplejo al comentarista. En Stella Corvalán ha nacido una nueva forma de encarar la poesía, y acaso un poeta diverso se alza sobre el recuerdo de lo que fué el de antes: el poeta descriptivo, con algo cósmico enredado en la expresión. La cual, por cierto, no es tan pura, elevada y tensa como exige aquella nueva postura poética, aunque, con el tiempo, pueda llegar a ser lo que debe, en plena conformidad con lo ambicioso y vasto del tema.»—S. P.

DEL «DIARIO ILUSTRADO». Santiago de Chile, 1952.

«Quien haya seguido de cerca la trayectoria de esta poetisa chilena, no se extrañará del contenido de este su último libro, editado en Madrid, en una edición pulcra, enriquecida con bellos dibujos a pluma de la artista Agnes van den Brandeler. La obra anterior de Stella Corvalán ha tenido en este nuevo libro un triunfo, que consideramos definitivo. No exageremos el señalar a Stella Cor-

valán como una poetisa de muy hondo acento, de una gracia que la distingue y que posee un dominio casi total de la forma... El éxito obtenido con este libro en el extranjero por Stella Corvalán es un triunfo de la poesía chilena contemporánea, y ella, con legítimo derecho, puede sentirse satisfecha de la magnífica obra realizada.»—Carlos René Correa.

SINFONIA DE LA ANGUSTIA

DE MACCHU PICCHU A LA CUPULA DE SAN PEDRO. Del diario *Información*, de Alicante, del jueves 17 de febrero de 1955.

El estudio de Gastón Castelló es uno de los rincones alicantinos donde más vivamente se refleja el espíritu de la ciudad. Es alicantinista hasta lo más íntimo, lo más intrasferible de ella y como ella misma, abierto a todas las inquietudes universales. El secreto de Alicante estriba en conservar el equilibrio justo entre lo nativo, lo tradicional y lo propio con la asimilación de lo ajeno.

Al estudio de Gastón Castelló llegaba ayer la poeta chilena—decir poetisa sería disminuirla—Stella Corvalán. Ya se sabe que después de Rubén, salvo algunas importantísimas excepciones, casi todos los grandes poetas hispanoamericanos han encarnado en mujeres. Stella Corvalán es uno de ellos. A toda prisa nos convocó Gastón que fuéramos a escucharla en una lectura-recital. Tienen fuerza estos versos. Hay pasión, angustia, autenticidad humana. Hay—como en todos los grandes vates hispanoamericanos, desde Rubén—una impulsiva vitalidad que vacila entre disolverse en lo telúrico, en las grandes llanuras, en los grandes bosques, en las altas montañas, o concentrarse intensamente en la pequeñez humana frente a esa naturaleza desproporcionada a las medidas del ojo y del paso del hombre. De pronto, Stella Corvalán leyó unos versos escritos en Roma. Ante la Cúpula de San Pedro, «La novia del Viento», el alma huracanada y torrencial, o la pobre mujer cohibida, se encuentra verdaderamente a sí misma. Rubén no estuvo en Roma, sino en París. Después de todo, no le vino mal. También estuvo en España, que le atemperó el decadentismo parisino y le dió mucho de Roma. Stella ha recorrido la vieja Europa. Ha encontrado su raíz en España. Se ha encontrado a sí misma en Roma. «¡Ástima, le digo, que Pablo Neruda no vaya un día a Roma.» Pero el viaje desde las alturas cósmicas de Macchu Picchu, desde las desolaciones del salitre, a Roma, se ha verificado ya por esta voz hermana del poeta.

Los versos de «Sinfonía de la Angustia», ricos de metáforas, apretados de sugerencias, fieramente expresivos, sonaban muy bien anoche en el estudio de Gastón Castelló. En el telar de Castelló, un cuadro a punto de terminar, con unos marineros indudablemente alicantinos. Serios, sin rigidez. Tranquilos sin desgana. Lo mismo podían venir de beberse un «catigués» en el Hogar del Pescador, que de otros puertos, otras costumbres, otros horizontes.»—Dámaso Santos.

DE «LA VANGUARDIA ESPAÑOLA». Barcelona, 15 de febrero de 1956.

«En mi mesa de trabajo, el regalo de un libro de versos, que es como una caja de música. Una sola canción con gran variedad de motivos. Un solo poema, sensaciones de un larguísimo viaje, no alrededor del mundo, sino por dentro de casi todo él, contadas y cantadas por una voz de mujer. Un pájaro poeta, con melancolía de nostalgia alguna vez, cuando todo es eco y recuerdo, y las más con exaltación de gratitud por la gracia de los paraísos donde momentáneamente se posa el ave, sin anidar en ninguno, porque todo es ansiedad de vuelo. Esta es la segunda colección de versos de la poetisa chilena Stella Corvalán aparecida en España, que tituló la anterior «Sinfonía del Viento». Este libro de ahora se llama «Sinfonía de la Angustia», como si la poetisa no hubiese satisfecho aún su anhelo de evasión y quisiera darse a todos los vientos del orbe.

Su ansia viajera va desde su tibio Chile natal, desde los pavones de acero de los ciclos bonaerenses, hasta la gracia marinera de Montevideo, y buscando cada vez más el sol, hacia Río de Janeiro, hasta San Paulo, hacia la Isla de

Gran Canaria, hacia los oros mallorquines, hacia la luz cegadora de África. Luego, en el divagar errabundo, se pierde meditativa entre las nieblas de grandes ciudades norteñas, y torna y desciende a París, porque le sueña en los oídos y en el alma la esperanza de la «Ville Lumiere»; y va a la Roma eterna, cuna de su cristianismo y de su catolicidad, y en Florencia, la del primer renacimiento que hizo a Europa, evoca las filigranas de los plateros del «Ponte Vecchio» en las riberas del Arno, allí donde se encontraron por primera vez Beatriz y Dante; y en Venecia se orea con las brisas del Adriático y contempla embelesada y alegre las palomas que zurean de amor en la Plaza de San Marcos y se posan en las historiadas e inmóviles cornisas del arte bizantino; y va a la ciudad del milagro partenopeo, sal acre del mar y almirabar ácido de los naranjos, a adivinar el canto de las sirenas de Capri, y, al fin, el son de las vihuelas que allí llevaron los soldados del Gran Capitán, la trae a la gracia de España, el hogar de su idioma y el altar de su fe, y la recorre toda entera y se descansa en el azul Mediterráneo:

«Mare Nostrum, guirnalda incandescente
dormida bajo palio inescrutable.»

Aquí rejunta y cose todas las estrofas de su poema policromo, perfumado y luminoso de todos los colores, de todos los aromas y de todos los soles de España. El poema es a la vez exaltado y melancólico, sin sentimentalismos sensibleros, ni romanticismos trasnochados, y la poetisa ha advertido de todo él:

«Hablo de un tiempo azul y otro sombrío.»

Aquí compone sus mejores versos, aquellos urdidos en Argel, donde hay una conmovida y aguda evocación de Don Quijote y Sancho, al llorar por Cervantes cautivo, y aquellos otros, casi al final del volumen, donde recuerda a Chile, su patria lejana, que habla y reza en español:

«Hoy, casi a flor de alma te confieso
que no soy reina yo, sino vasalla
de un recuerdo de patria que me hiende
con su fiero reclamo.
Que hay un lago, y un monte y un silencio
donde iré, visionaria y extasiada,
a poner como ofrenda esta nostalgia.»

Por la delicia de releer, he vuelto a abrir el volumen. Caja de música dije; pajarera, diré mejor. La estancia donde sueño y porfío, se ha llenado de trinos.—*Felipe Sassone.*

DEL DIARIO «MADRID», 21 DE FEBRERO DE 1936.

«...Alternativamente, cuando no simultáneamente —que todo es posible en poesía—, Stella Corvalán es eufórica y triste. Pero siempre sana, siempre luminosa. ¿Y cómo sería una «cristiana errante» si no tuviera esa luz que le brota del espíritu y le permite recorrer todos los senderos del mundo sin extraviarse ¿Y asomarse a todos los abismos sin que el vértigo la despeñe?»

Vuelvo a Papini, el converso, «En esta «Sinfonía de la Angustia» hay una voz que clama, un alma que sufre, una fe inflamada y una tristeza que sólo logrará consuelo en el inefable abandono en Dios «Me permito aclarar y en parte rectificar. Esa voz no es tan sólo clamante, es también insinuante, tenue, atrevidamente de silencio; esa alma que sufre también, goza y se recrea en la contemplación de las manifestaciones de la voluntad de Dios en el mundo. Stella Corvalán no es un triste incurable como Rosalía ni una desesperada, una angustiada sin remedio.»

«...La cantora no tiene «solar fijos». Será su patria el universo. Pues entonces, ¿qué capacidad de amor, de percepción de lo bello y de lo ingrato no habrá en ella para que se sienta como nacida en cada pueblo, y su mirada sepa siempre escaparse de sí misma, evadirse de esa zona abisal del espíritu, donde reinan los demonios del egoísmo, para contemplar, cantar o compadecer la vida de los otros?»

Ovidémonos, al fin, del espejo stendhaliano. Lo que pasea por el mundo Stella Corvalán es un prisma de diamante que recoge todas las luces. Si a veces lo em-

paña una lágrima, la «cristina errante» la enjuga enseguida y el diamante vuelve a fulgir y disipa las tinieblas.

«Santa Teresa, estrofa de los cielos.

Huesos valientes, boca reidora.

«¡Ya está! Yo creo que en Avila, en Santa Teresa, ha encontrado la conturbada poetisa no tan sólo el acorde de su pensamiento sino algo más: el término de su angustia, por obra y gracia de esa alegría en el dolor de la más risueña de las santas.—*Alberto Insúa.*»

DE «LA ESTAFETA LITERARIA», MADRID, 1936.

«...Stella Corvalán comienza la ruta interminable de la peregrinación sin fin. Peregrina, ésa sería la palabra. Peregrina y, en sus alforjas, toda la poesía de las cosas: ciudades que ella conoció palmo a palmo o en ráfagas ligeras, vientos, la fuerza telúrica del cosmos, el mar, la sangre ida a borbotones por el amor y la pasión, la angustia infinita del mundo. Todo cuanto su inspiración tocaba se iba convirtiendo en poesía auténtica. Hoy esta poetisa chilena está en Madrid. Conoce España paso a paso. Sus ciudades y sus pueblos, como los pueblos y las ciudades de Europa, África y América, son capítulos de su último libro: «Sinfonía de la Angustia». Esta obra encierra, en sus cuatrocientas sesenta y siete páginas, envueltos en una poesía vigorosa, llena de luz, de música, de una absoluta armonía, nombres de ciudades de tres continentes. La poesía emocional de esas tierras, el paisaje vivo, la calle urbana, la catedral o el convento, el cielo y el aire, todo ha servido para que la inspiración brote del temperamento fortísimo y la mística complexión del poeta. Stella Corvalán, andariega sin cansancio, tiene andares de juglar como aquellos de nuestra poética primitiva. Anda maravillosamente, regalanda a su paso la flor de un poema que, más que de sus labios, se desprende de su corazón. En su último libro hay, junto al paisaje y la ciudad, junto al aire y al viento, la suprema expresión de una angustia infinita.—*Ernesto Salcedo.*»

De la revista «Poesía Española», Madrid, abril 1930.

Stella Corvalán es una poetisa chilena que vive entre nosotros. El clima poético de España le ha sido propicio en su eventualidad transeúnte, puesto que la poesía tiene una evidente, invencible vocación viajera. Cuéntase de Eleonora Duse, la gran trágica italiana, cómo en el otoño de su vida, hastiada de aplausos, lacerada íntimamente en su corazón amoroso, se lanzó a viajar, con sed insaciable de distancias, anhelosa de expulsar la incurable angustia de su corazón. El viaje fué para ella como la fuga de sí misma, pero siempre ineficaz, como de quien pretendiera huir de su propia sombra.

Algo, sin duda, de esto acontece a Stella Corvalán, siquiera ésta tenga a su disposición el feliz carminativo de su poesía. Y digo feliz, porque merced al mismo, Stella Corvalán se ha convertido en la gran poetisa de la angustia. Su aflicción interior, su congoja humana, apremiada por el recuerdo, se le transforma, siendo de por sí elemento dramático en elemento lírico de severas calidades. ¡«Oh, grande amatrice!», saludó el divino D'Annunzio a Eleonora, a su antigua y abandonada musa. ¡«Oh, gran dolorida!» podríamos decir ahora de Stella Corvalán. ¡Oh, gran angustiada, que así transmuta lo humano en divino! Porque la poesía es un don de Dios, un don mediante el cual el hombre es capaz de convertir la escoria perecedera en oro inmortal. En el mismo mundo pagano. Ovidio, poeta también de la tristeza, exclamó en aquel distico famoso que comienza: «Est deus in nobis», «un dios está en nosotros»; agiténdonos él, nos calentamos.»

Papini ha llamado a Stella Corvalán la «cristiana errante». Ella camina y camina con su fe, pero también con su dolor, que es el motivo inacabado de su canto. Y todo ello orquestado sinfónicamente con un concierto de voces y sonidos que se cruzan saltan, se separan y vuelven a compenetrarse otra vez. Su voluminoso libro «Sinfonía de la Angustia», con cerca de quinientas páginas, bien espaciadas y distribuidas entre magníficos dibujos de la artista holandesa Agnes van den Brandeler, atestigua el poderoso númer de un acento que no se apaga nunca en medio del ambiente exterior. La poetisa va recorriendo países y países, tierras y mares campos y montañas, ciudades y ríos de la más

variada expresión geográfica hispanoamericana y europea, sin sentir un desmayo en su tarea de cantar:

A vagar por los caminos victoriosos de inquietudes,
embriagada en colosales sinfonías
que levantan en mi sangre sus acordes increíbles.

Así, con este diapasón de su verbo fluyente, la autora va abriéndonos su mundo íntimo en imagen y alegoría del mundo exterior. No comprenderíamos demasiado el motivo de su angustia si su «Sinfonía» no iniciara con un larguísimo poema-clave, que nos da la razón de todo el libro.—Lope Mateo.

De Jesús Mariño, Vigo, Septiembre de 1950.

La poesía de Stella Corvalán tiene una grandiosidad maravillosa y al mismo tiempo está formada de piedras tan bien labradas que no se sabe qué admirar más si su total conjunto o cada fragmento. Es algo que para compararlo tengo que buscar a Beethoven. Tiene la poesía de Stella toda la gran musicalidad de las composiciones del músico alemán. He sentido las notas de la Patética y al encuentro del ser amado me habló con su Heroica, y había instantes en que el dolor era borrado por el paisaje y entonces me cantaba las dulces notas de la Pastoral; y eran sus anhelos del ideal de amor las sonatas del genial Beethoven. Así me habló esta poesía y todos los elogios que se le hagan serán pocos.

«El mundo y su angustia en la voz auroral de Stella Corvalán».

De Radio Vigo, Emisión «Mensaje Poético», Julio de 1950.

Stella Corvalán, la gran poetisa chilena, peregrina universal de la emoción y de la belleza, pasó unos días en Vigo. Quería conocer la clara y plácida sonrisa de nuestra ría, en la que floreció el más hondo aliento lírico de nuestros juglares. También anhelaba contemplar aquí cómo se inicia el tremendo ronsel de espuma sobre el cual nace, cada día, la saudade: ese doliente aroma del alma celta. Y todo esto pudo realizarlo, ya que por algo Stella Corvalán es uno de los más altos poetas de Hispanoamérica.

De esta interesante visita nació un intercambio de gran alcance idealista y sentimental. La eximia cantora se llevó en su alma, envuelta en la red de todos los meridanos, la huella caliente de Vigo: su armonioso latido, en el que tan admirablemente se conjugan lo material y lo espiritual; dejándonos en cambio, el eco universal de su voz: su inmensa y fascinante «Sinfonía de la Angustia», en la que Stella canta, con patético y profético acento, el vértigo que sufre la civilización, remansándose luego su canto serenamente al sentirse iluminada su alma por la esperanza divina.

Pocas veces han sido descritas y exaltadas las ciudades y los paisajes del mundo con tan deslumbrante y vigorosa belleza, con tan cósmico lirismo, como en este grandioso poema de tres Continentes. Y muy pocos podrán alcanzar la plenitud milagrosa del verso que corona las estrofas rotundas de Stella Corvalán cuando enciende su lámpara de anhelos ante el corazón de la humanidad.

José Díaz Jácome.

De Raquel Costa, Montevideo, abril de 1950.

«Sinfonía de la Angustia», de Stella Corvalán, maravilla y ^{espanto} ~~asombro~~ como un aluvión. Se viene encima como una catarata de alma y si quiere uno detenerse a paladear una imagen no puede. Hay que defenderse del ventisquero de emociones, hay que cuidar de no ahogarse bajo el alud de llanto o panorama de luz o desconcierto. Dicen los que han conocido la montaña, que se siente algo extraño junto a ella, que por momentos no se sabe si se está gozando o sufriendo su grandeza. Yo puedo decir que con este libro me ocurre algo así. Dentro de un año tal vez podré decir si me gusta. Por el momento, confieso que estoy anonadada.

De Irene Santalices, Madrid, junio de 1950.

Para ser poeta lo esencial es nacer poeta. La poesía de Stella Corvalán es música. Cuando se leen sus versos es como si una orquesta interpretara las más bellas melodías; yo la comparo con ese gigante que es Beethoven. Cada

compás de su música es un trozo de su alma desgarrada por el más profundo dolor, pero al mismo tiempo está impregnada de una infinita melancolía, y así son los cantos de la «Sinfonía de la Angustia», pedazos del alma de Stella Corvalán, por eso su poesía es todo corazón, llena de amor y amargura; pero una amargura que es como una lágrima desprendida de sus ojos y detenida en sus labios por el encanto de su dulce sonrisa. Stella representa la inquietud de los espíritus que nunca están satisfechos; lo da todo y aún quisiera dar más, siempre más. La «Sinfonía de la Angustia» ha llegado a mi espíritu, haciéndolo vibrar intensamente: mi corazón también ha conocido el dolor y el amor, por eso este libro lo he sentido, lo he comprendido y lo he amado. He descubierto en él un caudal de dolores, en sus estrofas el alma de Stella Corvalán queda al desnudo, brillando como un faro en la noche más oscura.

Este libro hace doler el corazón, pero es un dolor suave que nos eleva a las regiones del infinito. Stella pasará por la vida dejándonos lo mejor de sí misma: su alma, que es como decir su corazón.

ESTILÍSTICA Y RADIVA DE STELLA CORVALÁN.

El estilo, ese peculiar acento que distingue al escritor, crea la fisonomía de la obra que se nos da como el ser mismo, con rasgos y características propias, inconfundibles, y tal sea la filiación del estilo puesto en juego, tal será el tono que debemos esperar.

Estilo y fuerza creadora implican la fidedigna personalidad, el trasmundo original y virginal donde se nutre la voz que ha de transmitir válido mensaje. En algunos casos —este que va a ocuparnos, por ejemplo—, existe, además, la devoción por el vocablo estético, y esa estética, que es, en cierto modo, ética de la palabra, da razón de un lenguaje limpio, depurado.

Tal diamantina particularidad, unida a la más rica gama de imágenes sugerentes, a la más sorprendente capacidad para captar temblores secretos, vibran, a flor de página, en «Sinfonía de la Angustia», obra cuya magnitud no cabe en el breve espacio de una simple crónica. No obstante, intentaré bosquejar a grandes rasgos la semblanza apasionada de ese manifiesto poético, trasunto fiel de una intimidad pletórica.

Stella Corvalán ha orquestrado su Sinfonía —segunda, de una serie de sinfonías en preparación, además de la del Viento, ya editada— frente al paisaje de tres continentes, resumiendo la difícil trayectoria del cosmos, con una nobleza literaria y un cúmulo de recursos expresivos, nada comunes.

Penetrar en ese vasto paisaje, animarlo con sonido audible, edificar la permanencia de su misterio sobre la huidiza huella de su leve paso, levantar, verso a verso, la grandiosidad de la naturaleza —inmensidad de cielo y hermosura de tierra—, arrancándole al idioma todos sus secretos, es una hazaña cuya singularidad campea en ese volumen poético de cuatrocientas sesenta y siete páginas, que comentamos.

Si en el ámbito del devenir humano, cada lucecita representa la esperanza en el ámbito taumatúrgico de Stella Corvalán, su luz, significa el resplandor que se eleva a Dios. Dios en sentido universal. La Gran Patria que ella promulga le ha exigido zumos y peregrinajes infinitos. A su paso, los ha ido tachonando de emocionadas estrofas. Su vigorosa y humana palabra ha dado vida a ese aguafuerte de la Angustia, con una lucidez y un latido, propio del que comparte dolor.

Dentro del área de la más alta espiritualidad, «Sinfonía de la Angustia» clama el grito terreno, la efervescente búsqueda. En el desarrollo y culminación de su temática va implícita la dimensión de un ansia de infinitud surgida de una vitalidad creadora y escrutadora que atisba día y noche el misterio.

La interpretación profunda del cosmos desemboca en la anchura de una angustia sin límites. El futuro de ese bien que se llama hombre, árbol, pájaro, tierra, está en la mano convulsa y patética de la amenaza.

Y he aquí cómo se realiza la transmutación prodigiosa. Stella Corvalán nos ofrece un canto grandioso de amargos y soterrados llantos, sin rozar la estéril

lamentación. Por el contrario, nos inunda de ecos serenos pese a la inquietud que les precede y empuja.

Quizá sea esta una de las virtudes esenciales de la obra. Stella Corvalán, en «Sinfonía de la Angustia», nos conforta, no nos deprime; nos reúne, no nos dispersa cuando salta de uno a otro continente. Aúna sentimientos, hombres, latitudes, al influjo de su canto plural, cósmico, y si bien se nutre de esa doliente hora que la humanidad vive, en creciente desasosiego, la vigorosa y sufriente naturaleza que lo creó, se hizo vigilia amorosa bajo los cielos del mundo, precisamente para dar fe de ese anhelo cuyo imperativo es dádiva y acercamiento.

Esta poesía, que se pliega a la exigencia dolorosa del tránsito, al desnudo aquilón del sufrimiento, exprime de él su zumo de esperanza; zumo que es consubstancial medula de optimismo, droga de consolación.

Stella nos acerca incesantemente las lejanías; nos las acerca humana, milagrosamente, y nos las pinta con el mágico color de su ternura inmensa. Toda la pujanza oceánica que la circunda, todo el fragor telúrico que la arrebató y nos la muestra brava en tantos pasajes de esta Sinfonía, no bastan a borrar los delicados trazos de su paisaje interior.

Digamos finalmente que, si la acendrada angustia se le tornó canto, el canto se le tornará estrella.

A través de la remota lejanía la veremos brillar. A través del tiempo la veremos crecer, porque esta inagotable criatura que es Stella Corvalán seguirá su obra bajo el signo imperturbable de Goethe: «Como el astro; sin precipitación y sin descanso.

MATILDE LLORIA

«LA LUNA ROTA»

La Merced, el barrio de Stella Corvalán. «La Mañana», Talca, julio 1957.

La torre plúmbica azuleja del convento de la Merced, con su apariencia de un monje en éxtasis en las noches de luna, tiene que haber sido en la niñez de Stella Corvalán como algo misterioso. Su casa-habitación, situada a los pies de la iglesia sabía de la sombra en la mañana y, en la tarde; los rojos ladrillos del elevado muro se tornasolaban con los rayos del sol. En su cuna caían las horas cantando en cristal o en plata desde el reloj de la torre mercedaria. Las influencias cósmicas y del ambiente golpearon el subconsciente que cubrían su barrio con sus trinos cosmopolitas. Melodías de campanas conventuales, como asimismo aquel diálogo de sonidos etéreos de las sirenas de las fábricas de su barrio significaban todas estas cosas influencias para su temperamento, que sabría hacer de la prosa fantasía de palabras y del verso armonías con realismo cósmico, sensual y avasallador. Porque Stella, la talquina, la vagabunda etérea, como la nube y como el viento, ha cantado la inmensidad del cosmo en sus libros, pero por sobre ellos tenemos su «Luna Rota», recientemente editada en Madrid con dedicatoria a Marcelle Castelier, «en recuerdo de aquellos días de París...», como ella lo dice, pero ni Madrid ni París podrán quitarnos el hecho de que «Luna Rota» nace aquí.

«Talca, ciudad de noble ejecutoria, en la que los prejuicios sociales desaparean por sus fueros, fué mi cuna.—Rigon Benoit.»

Del «Madrid», Madrid, abril 1957.

Entre nosotros Ramón y Cajal y Unamuno nos han legado sus recuerdos de infancia y mocedad, y algunos novelistas —recordamos a Dickens— se retrataban a sí mismos en algunos de sus personajes infantiles. Toda manera de tratar el asunto, enfocándolo directamente o recurriendo al disfraz, es plausible cuando el escritor acierta a interesarnos y conmovernos.

Y he aquí a una gran poetisa hispanoamericana, chilena, de quien puede decirse que recoge la antorcha de Gabriela Mistral, que nos presenta los cuadros o estampas de su niñez de un modo directo, autobiográfico, que nos emo-

ciona y convence porque nos sabe a verdad prístina, cándida, sin deformaciones ni un colorido superpuesto.

Ella y los personajes que intervienen en el primer acto de la comedia de su vida son reales. Existen o existieron. No les cambió el nombre ni alteró ninguno de sus rasgos. Pero esos rasgos, no se olvide, eran los que contemplaba una niña a su antojo y a través de la fantasía de su edad.

¿Y cuál es el personaje en quien la autora detiene con más reposo su mirada enternecida y su pluma primorosa? Nos lo dice en las palabras iniciales de su libro: «Mi abuela fué la heroína de mis primeros años.» Esa abuela poseyó el arte de serlo doble; delicada y previsora maternidad. Y yo diría que «ese arte de ser abuela»; que estaba por escribir, para formar parecía con el «de ser abuelo», de Víctor Hugo, lo ha escrito Stella Corvalán, que tal es el nombre de la autora de este libro conmovedor.

Mas en todos los episodios de su infancia resplandecen la candidez y la nobleza. En ningún momento podría equiparársela a otras de su edad, como la «Claudina», de Colette, proclive a la pasión pecaminosa.

En sus juegos, en el amor que le inspiran los animales de la casa y de la calle, en la escuela, en la iglesia, en su contemplación del paisaje, en sus maneras franciscanas de tratar a sus amigos los pájaros y de mirar, extática, las flores, aparece ya en germen la mujer futura, la poetisa, la escritora a quien deberán la lírica y la literatura contemporánea algunas obras admirables, como esas «Sinfonías» del viento y de la angustia, que le han valido de Giovanni Papini el dictado de «cristiana errante, triste y eufórica a la vez.»

ALBERTO INSUA

De Estafeta Literaria, Madrid, marzo, 1957.

Stella Corvalán nace en la ciudad chilena de Talca. Tocada de la gracia poética desde muy temprana edad comienza a escribir y publicar en 1940. Cursa Derecho en la Universidad de Santiago de Chile y abandona su patria para un corto viaje, del que no ha regresado todavía. Dando recitales y pronunciando conferencias recorre los países de América del Sur y, en 1950, cruza el Atlántico y llega a Europa, recalando por fin en España, que recorre en su totalidad, hasta llegar a Madrid, donde fija su residencia. Stella Corvalán hace de Madrid centro y punto de partida para sus continuas correrías europeas y es en Madrid donde aparecen sus libros más importantes y definitivos. En los anaques de las librerías uno nuevo: «La luna rota», primer libro en prosa que hace el número diez entre los que la poetisa chilena lleva publicados hasta la fecha.

Stella Corvalán habla con convicción. Tiene una voz cálida, cuya dulzura acentúa con la musicalidad del acento nativo. Expresivos los ojos y el gesto, cuando habla, igual que cuando escribe, parece querer volcarse totalmente, darse por entero en la fuerza de cada frase.

Stella es un espíritu universal, pero, sobre todo, una chilena enamorada de Europa.

Este amor de Stella Corvalán por Europa está patente en todos sus libros. Tres países juegan en la ronda de esta afección honda e incontentible: España, Italia, Francia. Tres países que Stella conoce bien y de los que guarda emocionados recuerdos. Principalmente tres prólogos de tres figuras representativas incorporados a sus últimos títulos como maravillosas preseas de su paso por esos tres países. «Sinfonía del Viento» fué prologado por Baroja; «Sinfonía de la Angustia» por Giovanni Papini; «La luna rota» por Francis de Miomandre.

Stella Corvalán prepara el equipaje. Va a emprender una de sus nuevas andanzas en busca de emociones líricas. Ahora, por tierras de Marruecos, donde, sin duda, la alcanzarán estas líneas arropadas en el amplio «Jaïque» de la «Estafeta Literaria».—Enrique Domínguez Millán.

De Juan Mujica.—Chile.

Como nunca he tenido inclinación por la crítica literaria, ni por la crítica siquiera, es precario o pobre cuanto yo pueda decir sobre esta nueva

obra de la insigne poetisa que tanta honra da a nuestra patria y a toda la literatura de este momento en lengua hispana. Alguien dirá que la prosa se ha desbordado en exceso a lo poético y que casi el rumor del verso alienta por todo el libro. No creo que se deba discutir sobre esta modalidad, pues la poderosa razón de ser una excelsa alma de poeta la que traza un panorama de su infancia, abona sobradamente que el lirismo se acentúe continuamente en las emocionadas páginas de este libro maravilloso. Con la mágica atracción con que los verdaderos poetas saben dar aliento a sus versos, así se produce la comunicación íntima de lo que podría parecer ensueño y que fué una experiencia vital en una niña dotada por Dios de la más fina sensibilidad. Nada hay en el libro que pueda despertar la desconsoladora asechancia del encono. Todas sus páginas están nutridas de la más dulce nostalgia de la ciudad nativa, dentro del marco circunspecto de un hogar hondamente cristiano y con sencillo señorío. El capítulo dedicado a «Sor Evangelina» podría clasificarse como una joya literaria, digna de figurar en la más selecta antología de escritores actuales.

De Jerónimo Lagos Lisboa.—Chile.

«La luna rota» es una obra doblemente bella, por su contenido y por su presentación. Quien conoció aquel ambiente de Talca en los años que sus páginas evocan, aprecia con mayor justeza el mérito de ellas. Y su autora está honrando su ciudad nativa con los méritos de su libro.

De Eduardo del Palacio.—Madrid, febrero, 1957.

Autobiografía de un alma-niña. ¿Qué hechizo tiene esta alma que os capta y os retiene con no ofrecer la vida más peripecias que las de otras mil infancias? Yo os lo diré, al hilo de los 26 capítulos que integran el bien presentado tomo, de cuidada y clara impresión, amplias márgenes y garbosos dibujos estilizados de la notable pintora holandesa Agnes van den Brandeler.

El libro está escrito —dice su prologuista Francis de Miomandre, eximio literato y académico francés, en el apogeo de sus éxitos novelísticos— en un tono cordial y sencillo, gracias al cual pueden muchos de sus admiradores (y así lo desea el presentador-poeta) encontrarse a sí mismos, viéndose en cada uno de los fragmentos de esa «Luna rota» que nos dan, ensamblados en 26 estampas, la imagen en capullo de esta gentil chilena, peregrina siete años hace por la vieja Europa, y huésped la mitad de ellos de su entrañada España.

En otro de sus libros, ése de poesía con alto aliento épico, se califica nuestra ayer niña de «noia del viento»; y estimo exacta la atribución, porque a impulsos de ese huracán poético que la arrastra arrebatados ella a su vez. Stella es arrolladora ya mujer, tal es su vitalidad desbordante, con seguir siendo un poco niña en su ternura ingenua, en sus enfurruñadas rebeldías, en sus candorosas tribulaciones y en sus inefables éxtasis, nimbados de infantil angélica. Todo en ella es vital. En sus metáforas originales siempre atrevidas, deja aquí para su antiguo novio el viento, las lavas de los volcanes de su tierra, más guarda la pureza de la nieve de sus cumbres andinas para darnos un trasunto de sus zureadoras compañeras Wilda, Victoria, Fresia, Ana María.

Pero no los resabios de su hermosa tierra, su estilo tiene raigambre española en la clásica tersura de su prosa, en lo natural y espontáneo de su lirismo, en lo realista y plástico de sus imágenes, en sus evocadores aciertos de expresión y, buceando en el trasfondo cristalino, en la palpitación de las líneas correntías de su pequeña vida, tanto en la vieja casina familiar como en las aulas de la escuela. Ese peculiar estilo suyo es un puro esmalte, es una taracea, es un damasquinado: preciosista sin afectación, que logra con sus intrascendentes naderías una obra de arte cincelada.

De Luis Caballero.—Alicante, marzo, 1957.

«Stella Corvalán es una poetisa, una gran poetisa y uno, después de leer cualquiera de sus libros de versos, pongamos «La sinfonía del viento», tan apasionado, tan vibrante, tan elocuente, tan altivo, no se halla leyendo este libro de prosas humildes, recónditas, tiernas, infantiles. Poco a poco vamos despojándonos del prejuicio del verso y vamos entrando en el libro tal y

como lo quiso la autora. Un libro tierno, sencillo dentro de su gran dificultad, altamente poético, sin que en esta poesía de la prosa haya la altivez ni se oiga el áureo surtidor, la cascada muchas veces, de la poesía y del canto arrebatado y sensual, espiritual, apasionado de Stella.

Es una niña que se contempla a sí misma y que nos cuenta cómo era en los días de su infancia, felices a pesar de todo. Y este estudio, en esta rememoración infantil vamos descubriendo las cualidades y las calidades de la poetisa de hoy. A veces a Stella, que ha recortado para escribir en prosa las alas de su pluma, ésta se le escapa, se rebela y vuelve por los viejos fueros del canto y de la metáfora. «Cuando me dejaban dormir con ella, nuestro parloteo picoteaba insistente las paredes de la noche.» Otra vez dice: «Dura, tajante, caía sobre nuestras cabezas la cuchillada del verano.» Y es que a Stella, aún escribiendo con la suma y franciscana sencillez de este libro de su infancia, el verso y el verbo se le sublevan en el alma y le gritan con ese viento poderoso de inspiración que estremece y lanza el espíritu por las vías incognitas y altivas de la pasión humana teñida de lo divino.

Ternura de un alma pequeña y solitaria es la de este libro escrito por Stella cuando su corazón y su vida han sabido, de manera elocuente, lo que es el amor y el dolor.

«El Pueblo».—Madrid, septiembre de 1957.

«Yo tenía alma de jungla», dice en estas dulces prosas Stella Corvalán, la caudalosa poetisa chilena, desbordada y desbordante de ímpetu lírico; lo tenía en esa infancia que nos relata en «La luna rota», último libro suyo y publicado en Madrid, y sigue teniéndola. Difícil se nos hace imaginar la poesía de Stella, metida y domada en sonetos, por ejemplo. Por eso yo pensé que un libro suyo en prosa sería ya lo que ni en verso suelto, encrespado, libérrimo, le podría caer. Y no ha sido así. La jungla de su espíritu se ha ajardinado. Recordar es esfuerzo artístico. Sin perder la vitalidad y el ímpetu que caracterizan a su pluma, la expresión atropellada para el poético impacto de la gracia, estos breves y tiernos capítulos de «La luna rota» están verificados en la prosa con mano, con esfuerzo, con memoria artista. Tanto es así, que teme en el prólogo que fantasía y antojo literario desvirtúen la simplicidad de aquellos contornos puros y lejanos.

De cuando en cuando, en el cuento o en la novela, algunas veces en el poema, en los libros de memorias, asoman recuerdos infantiles. No es frecuente, sin embargo, afrontarlos en un libro entero.

Uno de los aspectos que más interesan en este tipo de poemáticos relatos es la tierra donde la infancia evocada se produjo. Como el autor se ve, no sólo ante padres, abuelos, hermanos, parientes y amigos, sino ante la tierra que el paso infantil comienza a padecer o a dominar. La tierra con sus olores, con sus colores, con sus sabores en los frutos —frutos que, como ha dicho Goethe y Miró, no volverán a saber jamás como entonces— y los vocablos privativos, tan cerca de la tierra y de las cosas que les originaron y matizaron. Una vaharada penetrante de su tierra chilena nos llega con los recuerdos de la poetisa. Vuelan los vocablos característicos temblando de su cargazón original.

El bello libro de esta «cristiana errante», como dijo Giovanni Papini; de esta poetisa que suma ardentemente su nombre al de las grandes poetisas hispano-americanas, nos completa la imagen de Stella Corvalán y la somete, con éxito, a la prueba de la prosa remansada, ordenada en capítulos, válida como prosa. Unas deliciosas ilustraciones de la excepcional dibujante holandesa Agnes van den Brandeler acompañan, fiel y respetuosamente, el texto, haciendo de la cuidada edición de «La luna rota», una bella, apetecible edición. «Damaso Santos.

Del «Eco Franciscano».—Santiago de Compostela, 1957.

La mayor parte de la producción literaria, hasta ahora, de la eximia poeta chilena Stella Corvalán, se volcó torrencialmente por las rutas floridas e iluminadas del verso. Hoy nos ofrece su primer libro en prosa, si la prosa de esta extraordinaria mujer, merece ese seco nombre literario de «prosa». ¿Cómo

va a escribir en prosa esta artista de la pluma que siente brotar la poesía como un geiser, continuo e iridiscente, dentro de su corazón? Así es este libro de sus memorias de infancia: un jardín de fina sensibilidad, un huerto de exquisitos sentimientos, un remanso de luz, de paz, de ingenuidad. Prosa dulce y lozana, rítmica y expresiva que implica un dominio absoluto y rotundo del léxico castellano, en todas las páginas de este sabroso libro. Leerlo es algo así como paladar un dorado panal de miel.—Padre José Isorna.

De la revista «La Caravana».—Roma, marzo-abril de 1957.

«Por nuestro colaborador florentino Gilberto Beccari sabemos que uno de los más interesantes libros aparecidos en España en este último tiempo es el volumen «La luna rota» de la chilena Stella Corvalán que algunos escritores «carovanieris» recuerdan haber conocido, con ocasión del Congreso promovido y organizado por la Asociación Internacional de Poesía, en Venecia, en 1951 cuando recién había sido publicado en lujosa edición su precedente poema titulado «Sinfonía del viento».

Se piensa que la Corvalán, denominada por Papini la «cristiana errante», está destinada a ocupar en la poesía chilena el lugar de su gran compatriota Gabriela Mistral, desaparecida el pasado año.»

Del profesor Hans Schneider de la Universidad de Hamburgo. Marzo 1957.

He leído el libro con toda atención y celebro extraordinariamente haber descubierto en sus páginas, llenas de nostalgia de «aquel tiempo pasado que fué mejor», una nueva y sorprendente nota dentro de un género determinado de la literatura chilena, del cual me ocupé últimamente en un pequeño trabajo. Puede usted tener la seguridad de que también hubiera incluido en mi pequeño estudio «La luna rota»; pero, mis notas son anteriores a la publicación de su obra. Si alguna vez volviera a ocuparme del tema, lo cual pienso hacer con miras a una ampliación, no dejaré de agregar una interpretación de las bellas páginas con las cuales usted ha enriquecido el grupo de libros chilenos, cuyas figuras centrales son niños o adolescentes.

De Antonio Buero Vallejo.—Madrid, diciembre de 1957.

Muchas gracias por ese largo poema en prosa que es «La luna rota».

Ese libro bondadoso, porque es melancólico, se lee con gratitud. La infancia de cada uno de nosotros se encuentra en él, pese a los externos pormenores biográficos que lo singularizan: es el perfume de los años remotos, a veces olvidados, que Stella Corvalán nos hace recordar al revivir los suyos. Y también está en él la tristeza de cada uno de nosotros: la púdica tristeza de los que optan por luchar, por afirmar la alegría y la esperanza del futuro, mientras los años les van comiendo el alma.

De la revista «Archivo Hispalense», Sevilla, 1957.

De nuevo nos hace la insigne poetisa chilena Stella Corvalán grato presente de su arte. Pero esta vez prescindió del verso hondo y trascendente que constituye lo más principal de su obra para recrearse y recrearnos con una delicada sucesión de llanas impresiones que, a pesar de su sencillez, tienen encanto poético suficiente para promover emociones cuya gracia fragante acaso esté en la sinceridad narrativa de cada cuadro. No es de extrañar que sea así cuando se trata de evocar los días de la infancia, aún no contaminados de las realidades impuras ni torturados por la dureza de la lucha que la vida adulta plantea.

Al frente del bello volumen, deliciosamente vivificado con preciosos dibujos de Agnes van den Brandeler —insuperable colaboradora de Stella Corvalán y con ella triunfante en la ilustración de anteriores libros—, rezuma la sonora voz de Francis de Miomandre para decirle a la autora con exactitud precisa todo lo que sugiere la lectura del libro y sólo es dable expresar cuando se tiene la facultad excelsa del insigne poeta galo. No es necesario hacer constar que la manera empleada por Stella Corvalán en el desarrollo de estas páginas de auténtica raigambre española, en cuya literatura existen reiterados ejem-

plos del género, cuya aparente sencillez no puede reputarse sin error, como facilidad ni mucho menos sino evidente señal de que lo narrado fué vivido y luego expresado con aliento humano exento de artificio y oropel.

«10 OBRAS»

Del diario «La Mañana».—Talca (Chile) septiembre de 1957.

«Tres nuevos libros de Stella Corvalán, contenidos en el volumen de sus «10 Obras» muy pronto vendrán a aumentar su valiosa producción literaria. «Carnet de horizontes», una especie de itinerario íntimo a través de su constante peregrinación, esos viajes con filosofía de golondrina, bajo la tibieza de los aleros de los templos de todas las latitudes, en donde su pensamiento será como una rosa de los vientos para coger las brisas de lo ignoto y de lo sacrado.

Los niños son los invitados de honor a este festín de su alma y le entregará «Memoria vegetal», y aunque ella dice que los de sus añorada patria ocupan el primer plano, su excelso sentido humano y comprensión infantil, debe darle un carácter universal a estas manifestaciones de su espíritu.

Y su emoción femenina y poética la condensa en «Humanidad», en cuyas estrofas se vacía el tumulto de su altísima categoría espiritual, como una manera de corresponder a los que confían en ella, a aquéllos que saben que nunca serán defraudados por esta falquina que pasea su origen provinciano desde el Ebro hasta el Sena, desde Gibraltar hasta la India.

Estas «10 Obras» están anadriñadas nada menos que por un Menéndez Pidal, por W. K. Jones, catedrático de Miami University, de Oxford y por ese florentino amigo de Papini, conceptuado como uno de los más brillantes poetas místicos del mundo europeo: Guido Manacorda.—Rigon Benoit.

De Carmen Abril, Madrid, enero de 1958.

«Mi niñez era eso.» «No era más la niñez que ese latido —apoyado en las cosas imperfectas— para tornarlas altas.»

Nos hemos fijado, detenido, ante este verso de Stella, no por parecernos que sea el mejor, mejores lo son todos, sino por un presentimiento de que en él está la clave de toda su poesía. Porque su niñez debió de ser eso: «una cascada loca de campanas —y luego una alegría repartida— como un río pequeño en la semana...».

Un ruido armónico, alegre como sólo se siente a los veinte años, cuando se vive en prefacio, para luego, más tarde, buscar el silencio. No imaginamos la lucha de Stella cuando tuvo que dejar su alegría sin reparto. Cuando ella, ya en el camino, grita y nos dice: «No estas voces, no estas risas; cartón y trazo tan sólo... «Voz del silencio».

Se le fueron ananzando a Stella Corvalán los verbos jóvenes para dejar paso a otras voces: Soledad, Silencio, Amor. Ama ya su soledad, ama también su propio dolor, sin resentimientos, sin asperezas, aceptando todo lo que incluye una vida así como ella misma nos dice en su «Auto-retratos»: «Siempre será la milagrosa tierra —que da semilla fiel a la cizafia, siempre tendré, con agua de sonrisas, —regado el predio que mis ansias labran.»

Hemos querido juzgar a Stella Corvalán mujer; y la razón de sus poemas. El análisis de estos quizá se nos ha escapado por un verdadero desconocimiento de la materia.

Yo, particularmente, quiero darle las gracias por ser así, como es, y por haber tenido el valor de no callar más de lo necesario. Ahora, después de haber leído sus «10 Obras».

De Dámaso Santos, Madrid, enero de 1958.

Stella Corvalán entre España y América.

He dicho en algún sitio que la gran poesía de los países hispánicos adquiere su más alta tensión cuando el poeta contrasta su voz y su emoción lírica con el gozoso descubrimiento de España. El riquísimo castellano que usan y crean ellos en esas fecundísimas tierras, en aquellas extensiones inacabables, encuen-

tra aquí, en la fuente originaria, el más hondo sabor de las palabras. Esta peregrinación soñada o efectiva, sobre los libros y sobre la realidad, ha dado en los cimeros poetas chilenos las notas más agudas con que hoy cuenta la poesía de nuestra habla: Gabriela, Huidobro, Neruda... Hoy, con los mejores títulos, Stella Corvalán, ante cuya obra total me encuentro pasmado de admiración.

Esta cristiana peregrina, como la ha llamado Papini, esta andariega mujer en perpetuo estado de gracia poética, rompió una mañana a cantar como cantan aquí las alondras, esos pájaros de vivos colores por los cuales la tierra expresa espontáneamente hacia Dios su poesía. Recorrió después muchos países, llevando su mensaje y España la retuvo en la larga y trotadora permanencia. Juhto a sus exaltaciones de amor, a las gentes y las cosas de su tierra, de la América toda, a sus emociones viajeras de Europa, la reposada canción, ahora, de su caminar, vivir, gozar y padecer España. La poesía de Stella Corvalán se caracteriza por el ímpetu de su caudalosa vena, sin una sola brizna de ripio, de forzada retórica, de frialdad técnica. Ella no se ha detenido, no se ha disminuído en España, antes al contrario: el torrente de su exaltación se acrecienta y enriquece, vibra de júbilo y de emoción. Stella Corvalán es, en este momento en la poesía de nuestra lengua, como una bandera de hispanidad vibrante donde no faltan ni uno solo de los motivos emocionados, estéticos, religiosos, de amor a la naturaleza, de las grandes pasiones de los hombres de uno y otro lado del mar. Yo saludo en ella a un poeta excepcional que nuestro idioma tiene y al mejor símbolo de entendimiento entre ambas orillas que la poesía, la gran poesía de los pueblos hispánicos, la gran poesía chilena, tiene en estos instantes.

De Juan José Fernández Abella, Orense, junio de 1957.

Procuró darme cuenta de lo que representa para Stella Corvalán la publicación de sus «10 Obras»; para ella que ha hecho de la poesía —la que se escribe y la que no se escribe, la que se ve y la que no se ve, la que siempre, siempre se siente— la ocupación, la dedicación, el asunto de su vivir; procuró darme cuenta de lo que representa, sobre todo, cuando en el volumen van incluidos tres libros aún inéditos: «Carnet de horizontes», «Memoria vegetal» y «Humanidad». Ella no es una recién llegada a la poesía, y por ello se atreve con la formidable aventura de agregar esos tres libros en sus hasta el momento obras completas. Que no se haga nunca la pregunta: «¿alcanzaré a nuevas publicaciones?» porque es innecesario: alcanzará siempre a nuevas publicaciones porque será hasta morir del todo en esta vida, una poeta activa y si en la otra Dios le permite seguir a cada cual su verdadera vocación será de las pocas que tendrá la misma en esta vida y en la otra.

Leo «Humanidad». Me parece que mi emoción la rompo si la truco en palabras, sin embargo, veo al viejecito de las Burgas con su zamarra, su bastón, su bofna, su pañuelo, su gesto, su expresión y su melancolía. La veo a ella dándole una vida inmarcesible en una lección hermosa de humanidad. Recuerdo su primera poesía de «Sinfonía del viento»: «soy novia del viento». Recuerdo que no se limitó a «estar» en Orense: fué a Carballino, a Celanova... Cantó lo que veían sus ojos de peregrina, acostumbrados a todas las luces y a todos los horizontes, descubridores de esencias y no de frusterías. Anduvo por Orense y nos descubrió la calle del Olvido. Tiene Stella Corvalán vocación de ave peregrina, recorredora de todos los caminos.

De Manuel Romero de Castilla, Madrid, enero de 1958.

Se ha de advertir en la poesía y prosa versificada de Stella Corvalán su gran fluidez y adaptación expresiva para colmar sus propósitos, unas veces autonarrativos o descriptivos, dotando a toda su obra literaria posterior de una continuidad que no rompe ni altera sus pristinas evocaciones, sino que crea evolutivamente en justa definición expresiva para llegar a la cima del difícil arte de poetizar. No deteriora tampoco su ambición clasicista en el decir, sin renunciar al nervio latino característico de su idiosincrasia cultural; el vigoroso y plástico comentar ercillano, araucanizado también en su exquisito comentar.

De Alberto Insúa, Madrid, enero de 1958.

En el genio poético de Stella Corvalán coinciden y armonizan las intimidades del lirismo con la visión profunda de naturaleza. Todo el mundo se refleja en su espíritu en estas «10 Obras» como en un espejo prismático que recoge todos los matices del paisaje y las mutaciones del ambiente. Es la suya una poesía panteísta, en la cual, a su vez, nos da la impresión de una diosa que nos comunica los secretos de sus sentidos y las efusiones de su alma, tan sensible al amor como al dolor, divinamente humana en la maravilla y el milagro de sus versos.

Estas obras pueden pedirse:

En España, a su distribuidor exclusivo: Señor Joaquín Oteiza,
Alcántara, 13. Madrid.

En Chile, a su autora: Cueto, 666. Santiago de Chile.

«Sinfonía del Viento», sencilla	ptas.
de Bibliófilo)
«Sinfonía de la Angustia»)
Edición extra con caja)
«La Luna Rota»)
«10 Obras». Rústica)
Encuadernada en tela)

1710

tiene
a, la
stos ir

uan Jo.
ro dai
e sus
la qu
se si
uenta
tres
idad.
formi
obras
bli